

PILAR LEPE

CUANDO DESPERTÓ YA NO ERA ELLA

LA RESURRECCIÓN

DE
Liz



La resurrección de Liz

(Cuento)

Pilar Lepe

Todos los Derechos Reservados

© Pilar Lepe 2021

pilarlepe.esc@gmail.com

Logo de Autor

Pamela Díaz Rivera

pdiazrivera@gmail.com

Queda prohibida, sin la autorización escrita de parte de la autora, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y/o cualquier tipo de distribución ilegal.



P I L A R L E P E

LA RESURRECCIÓN
DE *Liz*

I

—¡Vamos Liz, no te quedes atrás!

—Vamos a jugarle una broma —propuso Michael de pronto.

—A mi hermana no le gustan las bromas —repuso Paul.

—No seas aburrido, nos esconderemos y creará que estamos perdidos. La dejaremos que nos busque un par de cuadras y luego aparecemos entre la multitud.

—Está bien, vamos, pero te aseguro que no estará nada contenta.

Diane avanzaba, mezclándose entre la gente que desfilaba, celebrando el carnaval, por la avenida principal. Escuchó que su hermano gritaba, pero no le entendió, y levantó su mano para que viera dónde estaba. Entre tanta gente, se hacía difícil caminar, y sentía que los chicos se alejaban cada vez más. Un hombre vestido con un disfraz de Fauno la tomó de la cintura para bailar, ella dejándose llevar por el ambiente le siguió la corriente hasta que se dio cuenta que su hermano y su amigo habían desaparecido. Se zafó del abrazo del Fauno y se dio a la tarea de buscar a los mocosos.

—Cuando los encuentre no se salvarán del tirón de orejas —refunfuñaba mientras miraba con atención la muchedumbre.

De pronto le pareció verlos a lo lejos cuando dio vuelta la esquina. Dirigió sus pasos hasta allí, solo para encontrarse con un parque marcando el fin de la avenida. Miró la plaza y se veía desierta, claro, si toda la gente estaba en el carnaval. Consultó su reloj, ya casi era media noche. A pesar de la multitud, Liz se vio sola en la calle, meditando si volver al carnaval o cruzar hasta el parque. La furia que sentía en un primer momento, se había transformado en una desesperación muy fuerte que le oprimía el pecho.

A pesar de que el lugar se veía desierto, se decidió a cruzar de todas maneras, con tanta gente bailando cerca, dudaba de que fuera peligroso.

—Cuándo te encuentre Paul, ya verás. Y ese Michael se irá directo a su casa en el primer vuelo.

Diane hablaba sola mientras caminaba por la acera, era un recurso que utilizaba siempre que sentía temor. Recordó que ella le había dicho a su padre que no llevaran al amigo de Paul de vacaciones, ¿para qué? Si las vacaciones en Alemania habían sido idea de ella para celebrar que se había graduado con honores de restauradora en la Escuela de Arte. Sin embargo, su hermano, que estaba en la edad en que los chicos andan acompañados de sus compinches a todas partes, había insistido en llevar a su amigo, y como sus padres no sabían decir no, se había salido con la suya. Y ahí estaba ahora, sin saber por dónde buscar, en un país desconocido en donde apenas

sabía decir hola o pedir cerveza.

De pronto le pareció escuchar una risa de hombre, seguro que eran los chicos escondidos burlándose de ella. Caminó hacia donde provenían las risas y los llamó en voz alta.

—¡Paul! ¡Michael! ¡Salgan de su escondite, ya es hora de volver al hotel!

De inmediato apareció una sombra de detrás de un árbol.

—¿Paul?

Antes que pudiera reaccionar, Liz, se vio envuelta por algo o alguien. Le dio un empujón con todas sus fuerzas y lo único que alcanzó a ver fueron unos ojos brillantes, encendidos como los de un animal en la oscuridad. Los ojos la miraron dominantes. Liz se quedó clavada en su sitio, sabía que algo malo estaba a punto de ocurrir, pero no era capaz de gritar y menos aún correr. Dos manos como garras la atrajeron con rapidez para darle un abrazo mortal.

Escuchó un sonido de algo que se rompía y luego succionaban muy cerca de su oído. No sabía que se trataba de su propio cuello siendo desgarrado, que su propio cuerpo era el receptáculo de la bebida más apetecida por este ser infernal. En cuestión de segundos sus brazos y piernas se aflojaron como si fuera una muñeca de trapo, sus ojos se quedaron mirando al vacío y el último pensamiento que su mente alcanzó a procesar fue que jamás trabajaría en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York.

Diane quedó tirada en el suelo con su cuerpo desmadejado, pronto se llenó de curiosos y alguien llamó una ambulancia.

—¿Está muerta?

—No. Aún respira. ¡Llama a emergencias!

Cuando llegaron los paramédicos a examinar a Liz, la declararon muerta pues no tenía signos vitales. El médico de urgencias estuvo de acuerdo con el diagnóstico y llenó una ficha en la que decía:

Liz Saunders, ciudadana de los Estados Unidos según consta en su identificación. El cadáver presenta algunos hematomas y mordidas en el cuello. Se procederá a la autopsia de rigor para determinar la causa exacta de su muerte. 23:30 hrs. Colonia, 20 de febrero de 2014.

Luego de esto fue trasladada a la morgue para meterla dentro de uno de los enormes nichos de acero, adosados a la pared, en espera de la autopsia.

—Era hermosa —comentó uno de los encargados, un hombre mayor de calva brillante.

—Qué mala suerte morir tan lejos del hogar —acotó la médico forense—. Vamos, Franz. Aún debemos terminar con la mujer del asilo. Tenemos varios antes de pasar a la chica.

—Lo sé, Ingrid.

Los profesionales se alejaron dejando a Liz, encerrada en su mortaja de acero. Aparentemente para ella había terminado su existencia que había sido bastante breve. Ya no habría más

amaneceres, más puestas de sol en la playa, ni más diversión junto a sus amigas, y menos aún cumpliría su sueño de restaurar las grandes obras que se guardaban en las bodegas del Museo Metropolitano, y por qué no, en el mundo entero.

Liz Saunders, de veinte años, desaparecía para siempre en esa noche de festival en Colonia.

II

Cuando Liz se despertó, tuvo de inmediato la sensación de estar en un lugar desconocido. Estaba oscuro y apenas podía moverse. Intentó ponerse de pie, pero su cabeza chocó con algo duro y frío. Movi6 los brazos hacia los costados y per una solidez fría la envolvía. Levantó las manos para tocarse el rostro y se dio cuenta que estaba desnuda, cubierta solo con una tela. Si era un sueño, era demasiado real. Si era una broma, era demasiado macabra.

Gritó. Liz gritó a todo pulmón, pero el sonido se quedó encerrado en la bóveda. Se movió, y la caja junto con ella. Volvió a moverse con más fuerza, y esta vez sintió que el fondo donde estaba acostada se desplazaba. Llevó sus manos a los costados del cuerpo y tanteó los bordes, comprobando que había un pequeño hueco a ambos costados. No estaba en una caja, sino en una bandeja. Gritó nuevamente, y solo le respondió su propia voz. Golpeó las paredes metálicas, y pudo sentir como se abollaban, ¿de dónde sacaba tanta fuerza para lograr eso? Eso no importaba, pensó al mismo tiempo, y continuó para ver si lograba romperlas. Sin embargo, fue inútil. Después levantó las manos por sobre su cabeza para golpear. Había que intentar todas las posibilidades. Esta vez sintió que el metal cedía. Continuó hasta que vio luz filtrarse por un costado. Sacó los dedos por la rendija para hacer presión. Luego salir de su prisión fue sencillo.

Liz miró a su alrededor, estaba en un hospital, más precisamente en la morgue, ¡qué olor tan desagradable! Le sería difícil salir envuelta en una sábana, pero tenía que hacerlo.

Se acomodó el trapo sobre el busto y caminó en dirección a la puerta, con algo de dificultad porque sentía las piernas muy pesadas.

Empezó a recorrer los pasillos, vacíos a esa hora, como si no hubiera enfermos que cuidar, pensó. Como no sabía qué dirección tomar y los letreros estaban en alemán, lo único que se le ocurrió fue seguir la línea amarilla del piso. Su avance era lento y temía ser descubierta en cualquier momento.

Iba pasando por una puerta entreabierta, cuando algo llamó su atención: olor a comida. Asomó la punta de la lengua por sus labios para relamerse como un gato, ¡qué olor tan apetitoso! Asomó la cabeza y vio una enfermera que dormitaba delante de un escritorio con la radio encendida en la que sonaba una canción de Falco que logró reconocer, eso la distrajo un momento pensando en su padre. La enfermera se removió en su asiento y apoyó más aún la cabeza sobre el escritorio. Liz la miró, algo saltaba con fuerza en el cuello de la mujer, además olía tan bien. Antes de que su cabeza lograra descubrir de qué se trataba, su instinto la lanzó sobre el cuello de su primera víctima. Sin piedad, perforó la blanca piel con sus colmillos recién adquiridos para succionar la tibia sangre. Era tan exquisita que podría estar para siempre prendida de ese cuello, más de

pronto, una mano fuerte la apartó de su presa. Liz peleó con el desconocido, no quería que le arrebataran lo que era de ella, pero el desconocido no planeaba quitarle nada, quería sacarla de ese lugar.

El hombre la sostuvo con un brazo y con el otro rodeó la cabeza de la mujer, la afirmó contra sí y luego la tiró hacia atrás con un movimiento brusco. El cuello de la mujer sonó como cuando se rompe una cáscara de nuez.

—No queremos otra más dando vueltas por el hospital —dijo en voz alta, para sí mismo.

Ella lo miró, vestía de verde como los médicos, pero no parecía un médico. Tampoco era americano, porque, aunque hablaba inglés su acento era alemán.

—¿Quién eres?

—Calla. Tenemos que salir de aquí.

—Sí, tengo que buscar a mi familia.

—Te equivocas —negó él, sin soltarla.

—¡Suelta!

—Silencio. Saldremos por el subterráneo. Sube a esa camilla.

Werner la cubrió por completo y la empujó por el pasillo hasta el ascensor, no encontraron a nadie en el camino, parecía que todo el mundo andaba de fiesta. Liz refunfuñaba de vez en cuando y ya había comenzado a charlar sola en voz alta, pero Werner le dio un leve golpe en la cabeza para que callara.

—Debe parecer que estás muerta o no te podré llevar de acá.

—¡Pero no quiero ir contigo, quiero buscar a mi familia!

—Ya no se trata más de lo que quieres hacer —repuso él en voz baja— si no de lo que debes hacer.

—¡Pero...!

—Silencio, estamos llegando a la puerta.

—Buenas noches Hans.

—Buenas noches doctor Riemelt. ¿Qué hace a estas horas por aquí? Lo hacía en el carnaval.

—Solo estamos Johansen y yo.

—¿A quién lleva ahí?

—Una indigente que murió por una sobredosis —informó Werner al guardia mientras sacaba una mano de Liz para enseñarla.

—Parece que era joven. Pobre chica.

—Así es. La dejaré en la morgue y creo que me iré, la doctora puede encargarse sola.

—Qué descanse doctor.

—Gracias Hans. Toma —dijo pasándole un billete—, bebe una cerveza en mi nombre cuando tengas tiempo.

—Gracias doctor.

Werner continuó empujando la camilla, pasó por fuera de la morgue y siguió hasta la puerta que daba a los estacionamientos. Una vez fuera, hizo bajarse a Liz y la tomó en sus brazos para llevarla hasta una camioneta negra que tenía los vidrios polarizados. La sentó en el asiento del lado del conductor y la aseguró con el cinturón. Luego se sentó al volante y antes de partir se quitó la bata verde.

—¡Me vas a decir por fin dónde me llevas?! —comenzó a gritar histérica— ¡Déjame salir!

Liz, forcejeaba con la puerta del coche para tratar de abrirla, pero tenía el seguro contra accidentes y no pudo hacerlo. Luego se abalanzó contra Werner, y él fastidiado de tanto grito le dio un golpe en la sien izquierda. Liz cayó desmayada con la cabeza hacia la ventanilla.

—Te aseguro que es por tu propio bien pequeña, ya entenderás.

Werner condujo hasta una antigua iglesia en las afueras de la ciudad. Estacionó la camioneta en la calle de atrás que era menos transitada y llevó a Liz cargando hasta la puerta que conducía al subterráneo donde se encontraban las criptas sacerdotales. Caminó hasta el fondo y metió a Liz detrás de las puertas enrejadas. La recostó en un camastro y la cubrió con las mantas que había allí. Luego tomó unas cadenas y se las puso alrededor de los tobillos, después agarró una que pendía de la pared y sujetó sus muñecas con ellas. El cuerpo de Liz estaba en una posición incómoda por estar prácticamente colgando de la pared, pero era la única forma de mantenerla quieta, cuando despertara tendría mucha hambre.

Después de asegurarse de que no lograría soltarse. Apagó las lámparas menos las de la celda de su prisionera y salió.

Werner condujo con lentitud de regreso al hospital, mientras observaba las calles. Al pasar por un pub vio salir a una mujer tambaleando, era delgada y tenía el cabello largo y oscuro, precisamente lo que necesitaba. Avanzó hasta quedar junto a ella, y bajó el vidrio.

—¿Estás ocupada?

—Para ti nunca guapo —respondió ella con voz pastosa.

—Te invito a dar un paseo.

—Está bien, pero solo tengo tiempo para uno rápido. Son doscientos euros y me pagas por adelantado.

—El dinero no es problema. Sube.

III

Al abrir los ojos, inmediatamente, Liz supo que algo andaba mal. Su cuerpo prácticamente estaba colgado a la pared. ¿Qué estaba sucediendo? Primero la habían puesto en una caja y ahora estaba encadenada. Lo único que se le ocurrió fue gritar.

—¿Hay alguien ahí?! ¡Hola! ¡Auxilio!

Nadie contestó, pero una silueta apareció entre la penumbra.

—No grites, no es necesario.

—¿Quién eres? ¿Por qué me tienes prisionera?

—No estás prisionera.

—¿Cómo qué no? Esta mazmorra tiene rejas y si trato de moverme, me quemó. ¿Qué tienen estos grilletes que me queman?

—Tienen hierro de los clavos de Cristo.

—No entiendo.

—No importa. Te soltaré, pero deberás prometer que te portarás bien.

—No tengo ropa.

—Te puedes poner esto —dijo él tirándole un bulto.

Werner sacó una llave de su bolsillo, y procedió a soltarle los pies, Liz no se movió. Después soltó sus muñecas. Liz se quedó tranquila esperando a que él le diera la espalda para saltarle encima, lo que no se imaginó era que el hombre había anticipado sus movimientos y se volteó con la rapidez de un felino para hacerle frente. Los ojos de ella enrojecieron, y la pupila se dilató hasta cubrir por completo el iris azul. Luego abrió la boca mostrando unos dientes perfectos en los que se destacaban los caninos algo más largo de lo normal. No le importó que la sábana que la cubría había caído al suelo y se mostraba totalmente desnuda. En lo único que podía pensar era en morder el cuello de Werner que estaba a su alcance.

—Prometiste que te portarías bien —le dijo él, al tiempo que levantaba sus manos para calmarla como haría con un animal salvaje.

—¿Tengo hambre! —se quejó ella con una voz gutural que no era la de ella.

—Lo sé y he traído algo para ti.

—¿Dámelo!

—¿Si te vistes, te lo doy!

Liz miró a su alrededor hasta que descubrió el bulto de ropa. Se vistió aprisa, la ropa no era de ella, pero no le importó. Después lo miró interrogante. Él se metió la mano en el bolsillo del abrigo y extrajo una bolsa gruesa etiquetada en uno de sus lados. Werner tiró de un pequeño tapón

y se la pasó.

—Bebe.

—¿Qué es?

—Lo que deseas. Dices que tienes hambre. Bebe.

Liz, tomó la bolsa y se la acercó a los labios. Probó su contenido con cautela, pero en cuanto la sangre estuvo en su paladar, perdió el miedo y alzó la bolsa para que su contenido pudiera entrar con más rapidez a su boca.

Cuando terminó de beber, lo miró extrañada, no sabía qué le estaba ocurriendo. Tenía miedo de esta nueva desconocida. Se abrazó y se acurrucó en un rincón. Volvió a mirar a Werner con sus ojos que ya habían vuelto a ser azules.

—¿Qué me sucede? ¿Por qué me siento tan extraña?

—Te lo explicaré. Será difícil de comprender quizás, pero es la verdad.

Werner Riemelt le narró los hechos tal y como los había presenciado. Liz escuchaba todo con cara de sorpresa y horror, realmente no podía creer que en pleno siglo XXI existieran los vampiros, ella estaba educada en una sociedad que creía en lo tangible, en lo que se podía ver, y no en los mitos y las leyendas.

—Creo que mientes.

—¿Sí? ¿Qué crees que le hiciste a esa pobre enfermera?

—La mataste —lo acusó.

—Tuve que hacerlo, de lo contrario se convertiría en lo mismo que tú ahora. Ya no quiero más vástagos novatos rondando la ciudad.

—¿Por qué no me quitaste la vida también?

—No sé. Pude haberte matado para acabar con tu sufrimiento, pero algo me detuvo.

—¿Y al que me atacó, lo mataste?

—Sí. Fallé con él, pero contigo no lo haré.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo dijiste, estamos en el siglo XXI, ¿cómo explicamos tantas muertes? Los vástagos que aún quedamos nos hemos tenido que adaptar y aprender a no morder cuellos a diestra y siniestra.

—¿Morder cuellos?

—Sí, para obtener la sangre que acabas de beber de la bolsa.

—No morderé cuellos, qué repugnante.

—Cuando el hambre te apremie, no pensarás en otra cosa. La sed de sangre siempre será más poderosa. Deberás aprender a lidiar con eso.

—No lo haré. ¿Qué le diré a mi familia?

—Nada, ya estás muerta.

—¿Cómo que muerta?! —gritó Liz.

—No chillas por favor, me duelen los oídos. Vamos andando, pronto saldrá el sol.

—Explica eso antes.

—Aquí no.

Werner la volvió a meter en la camioneta negra, pero esta vez no tuvo necesidad de golpearla para que se quedara tranquila. Condujo por la ciudad y cruzaron el río hasta llegar al centro. Después de varios minutos se estacionó en una calle angosta delante de un edificio antiguo. Liz miró por la ventanilla del auto: una farmacia, una tabaquería, una pastelería y dos tabernas que aún tenían sus letreros encendidos. Werner, apretó el botón del pequeño comando a distancia y se abrió un portón de hierro. Puso de nuevo el auto en marcha y entraron a un estacionamiento alumbrado apenas con un par de lámparas que proporcionaban una luz fría.

—El edificio es viejo —explicó, como si tuviera necesidad de hacerlo.

Werner bajó unas bolsas de supermercado de la parte de atrás de la camioneta y se encaminó al ascensor. Liz no se movió de su asiento.

—¿Vienes?

Finalmente, Liz decidió seguirlo porque no le quedaba más remedio. Estaba completamente a su merced.

A pesar de la fea vista que tenía por fuera el edificio, el departamento de Werner era muy elegante. La decoración era sencilla pero sobria. Lo único que rompía la armonía de los tonos grises y negros, era un viejo *wurlitzer*.

—¿Vives solo?

—Sí.

Werner la dejó un momento y regresó con dos vasos de whiskey. Ella negó con la cabeza.

—Bebe, lo necesitarás.

—Quiero que me aclares lo que dijiste hace rato.

—Para todos los efectos, moriste anoche cuando te atacó aquel vampiro.

—¡No! Eso es imposible porque aún estoy aquí.

Liz comenzó a palpar su cuerpo y rostro para comprobar que estaba viva.

—Estás viva, pero ya no puedes ser más Liz Saunders, a esta hora tu cuerpo debe estar incinerado.

—¿Cómo?!

—Liz Saunders está muerta. Tiene que ser así. ¿O piensas llegar al hotel y decirle a tu familia que eres un vampiro y deben cuidarse de ti?

—Puedo controlarme.

—Ya te lo dije antes, no podrás. —Cuando veas una vena latir, cuando percibas el aroma de la sangre... No podrás con eso.

Las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Liz. Nunca más vería a su familia, nunca más recibiría el abrazo cálido de su madre. Nunca más tendría que soportar las bromas jocosas de su padre, y su hermano, ya no volvería a llamarla “la artista”, en tono burlón.

—Quiero ir a mi funeral —dijo después de un rato.

—Quizás se lleven tus cenizas a Nueva York. Ahora tenemos que pensar en otra cosa. ¿Cómo se llamará esta nueva mujer?

—Cómo si me importara.

—Claro que importa. Te llamarás Diane. Te pareces a ella.

—¿Quién era Diane?

—Nadie importante.

—No lo creo, pero vamos a dejarlo así. ¿Diane qué?

Werner se pasó la mano por la barba, recordó que la afeitadora se había estropeado.

—Phillips. Diane Phillips.

—Tengo sueño —dijo ella de pronto.

—Te prepararé el cuarto de huéspedes, pero debes prometer que no harás locuras. Si despiertas con hambre debes decírmelo. ¡Promételo!

—Está bien.

Werner también se fue a la cama, el sol estaba por salir además estaba cansado. En cuanto puso la cabeza en la almohada se quedó dormido. Puso el reloj a las seis de la tarde para despertarse antes de que el sol desapareciera por completo. Temía que Diane hiciera alguna locura.

IV

Werner abrió un ojo. No entraba ningún rayo de luz natural entre las cortinas. ¡Demonios! No había escuchado el reloj. Saltó de la cama y lo primero que hizo fue ir a ver si Diane estaba donde la había dejado, pero no había ni rastros de ella. Recorrió el departamento y no estaba en ninguna parte. Maldiciendo, cogió la camioneta y salió a la noche.

—Estúpida muchacha donde te metiste?

Werner recorría las calles oscuras en su camioneta, sin saber a ciencia cierta dónde buscar. No conocía lo suficiente a Diane como para saber que podría estar pasando por su cabeza.

Llevaba casi una hora recorriendo las calles de Colonia: había ido al parque donde la atacaron, a los barrios bajos, e inclusive estuvo merodeando cerca del hospital, pero ni señales de ella. De pronto, como una visión o más preciso aún, un llamado de auxilio, se fue a dar una vuelta al puente más próximo a su departamento.

Avanzo en segunda para poder mirar bien, a esa hora de la noche no había conductores que se molestaran por su marcha lenta, así que no importaba. Ya iba casi en la mitad del puente cuando diviso una silueta subida en lo alto. Estacionó el coche en la calzada y salió con toda la calma de la que fue capaz. Se alzo el cuello de la chaqueta porque el frío calaba los huesos, y avanzó.

—¡Diane!

La silueta no se movió.

—¡Liz!

Esta vez, la figura se movió para mirar hacia abajo.

—¡¿Qué quieres?!

—¡Baja de ahí!

—¡No!

—¡¿Que pretendes?! ¡¿Tirarte del puente?! ¡¿Suicidarte?! —se mofó él—. ¡¿No sabes que la única verdad de los mitos de vampiros es que solo pueden morir por una estaca de madera o agua bendita?!

—¡Y por el sol... Me voy a quedar hasta que amanezca. Moriré achicharrada.

—¡Has visto muchas películas! —se continuó burlando, Werner.

—¡No es cierto!

—¡Escucha: no podemos volar, dar grandes brincos, correr a cien kilómetros por hora; tampoco podemos volar, y por cierto nada de poderes telepáticos, pirogénesis o cualquier malabar extraño!

—¡¿Entonces?!

—¡Baja porque estoy cansado de gritar! ¡Deja ya de perder el tiempo!

Diane dudó si hacer o no lo que Werner quería, pero los primeros copos de nieve la obligaron a decidir.

Con la agilidad de un felino bajó de la columna de hierro para reunirse con Werner. Este abrió la puerta del vehículo y espero que se subiera para arroparla con una manta.

—¿Qué podemos hacer entonces?

La camioneta de Werner corría a toda velocidad por las calles que comenzaban a tornarse blancas lentamente.

—Debes quitarte cualquier idea fantástica que puedas tener respecto a nosotros. Todo lo que hayas visto en el cine es mentira. Lo único cierto es que somos seres oscuros que necesitamos sangre para sobrevivir. Si bien es cierto, tenemos más fuerza y agilidad que los mortales, no somos capaces de ejecutar proezas de super héroes, ni trucos de predisgitación.

—¿Y lo del sol?

—Con el pasar de los siglos, nos hemos adaptado. No necesitamos ningún accesorio extraño, salvo gafas de sol porque nuestras pupilas tienden a dilatarse demasiado.

—¿Y el sexo?

—¿Que tiene?

—En las películas que he visto los vampiros, son ¿cómo decirlo? Muy sexuales.

—Bueno, algo de eso hay. No te digo que rompamos la cama o derribemos paredes. Creo que la alimentación que recibimos hace que seamos más pasionales. Cuando tenemos deseo, da lo mismo que estemos enamorados o no.

—Lo que significa que tú y yo...

—Sí, podría ser, pero no pienses que ocurrirá. Ya estoy viejo y he aprendido a controlar mis impulsos.

—¿Viejo, tú? Te ves casi de mi edad.

—Tengo ciento setenta y cuatro años.

—¡Oh!... Tengo hambre. Es una sensación insoportable.

—Vamos por comida antes que saltes sobre mí.

Los ojos de Diane comenzaban a verse amenazadores.

—¡Toma! —Werner le dejó unas bolsas junto a la cama.

Diane se incorporó para ver que había dentro de las bolsas: botas, ropa de cuero negro, ¡y ajustada! Gafas absolutamente negras, y lo peor de todo, un tinte de cabello negro como ala de cuervo. Ella lo miró interrogante, y él se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué será lo próximo? ¿Una moto?

—Eres una chica joven, y estamos en Alemania. Así se visten las chicas atrevidas hoy en día. No querrás llamar la atención, andando por ahí en ropa formal, ¿verdad?

—¡Pero esto es muy llamativo!

—Nunca en el ambiente donde nos movemos. Recuerda, ya no eres más la estudiante Liz Saunders. Tu resurrección cambió tu estado, no lo olvides.

—¿Cuándo saldremos en el día?

—Aún no.

Werner la dejó sola para que se cambiara. Lo más complicado fue el cabello. Acostumbraba a ir al estilista que cuando mucho solo le daba masajes y lo recortaba cuando era necesario, pero nunca había sufrido un cambio tan radical. Al terminar se miró al espejo y no reconoció a la extraña del reflejo. Esta mujer tenía la mirada más dura, inclusive sus facciones parecían diferentes. Werner dijo que el cambio debía ser completo, y al parecer lo había conseguido. Revisó los cajones del tocador hasta que encontró lo que buscaba: peinó bien su pelo aún mojado y sin detenerse a pensarlo más para no acobardarse, tomó el primer mechón de cabello y lo cortó. El primero fue el más difícil y la hizo sufrir, el resto ya no tanto.

Después fue por la ropa, y se admiró de que el vampiro supiera su talla exacta, el cuero quedaba como un guante sobre su cuerpo. Se volvió a mirar en el espejo del baño, y esta vez sí pudo asegurar que ya no era más Liz Saunders.

Cuando estuvo lista fue hasta la sala. Werner no estaba. Luego de llamarlo un par de veces, se dirigió hasta el refrigerador. En su interior había mucha carne, algunas bolsas de sangre, postres y vegetales ¿vegetales? Tomó una de las bolsas, un pequeño trago no le vendría mal.

—¿No crees que deberías preguntar antes? —preguntó Werner a su espalda.

Diane sorprendida in fraganti, dejó caer la bolsa y se volteó a verlo con una expresión culpable en la cara. El hombre dejó caer el cigarrillo que traía prendido de los labios: la mujer parecía una diosa. Cuando le compró el atuendo nunca imaginó que se vería tan apetecible.

—¡Culpable! —exclamó ella con una mueca y se inclinó a recoger la bolsa.

—Puedes beber lo que gustes y cuando gustes —afirmó él recobrando la compostura—, pero —continuó, apuntándola con el dedo—...deberás proveer también.

—¿Proveer?

—Eso mismo.

Werner estacionó la camioneta en una calle poco concurrida, y luego invitó a Diane a seguirlo. Caminaron por calzadas oscuras donde pululaban las prostitutas, los borrachos y drogadictos.

—¿Por qué hemos venido aquí?

—Te enseñaré cómo obtener tu alimento.

—Pensé que iríamos al hospital por bolsas.

—A veces no hay, o no puedes entrar. ¿Qué harás en ese caso, comer ratas?

—No quiero matar a nadie, es horrendo.

—Te enseñaré a beber lo suficiente. Y también te enseñaré a comer ratas, perros y gatos.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué habría de bromear?

V

Diane observó como hombres y mujeres se acercaban a los coches que paraban en mitad de la acera y luego de un breve intercambio de palabras, la transacción quedaba acordada.

—Me gustaría chuparle toda a la sangre a un tipo de esos —dijo ella con rabia, haciendo alusión a los automovilistas—. Tienen esposas o novias y van levantado prostitutas.

—Podrás hacerlo cuando aprendas a controlarte.

Diane por respuesta le mostró los dientes exhibiendo sus colmillos.

—Eres hombre después de todo.

—Ven, vamos por ahí. —Werner señaló un pasaje sin iluminación.

Caminaron por los adoquines mojados. No se veían transeúntes, pero se escuchaban gritos al final del callejón.

—*¡Quiero los billetes, ahora!*

—*¡Te juro que no tengo! ¡No he parado a nadie esta noche!*

—*¡¿Por qué no?!*

—*¡No me siento bien!*

—*¡Yo te enseñaré a obedecer, perra!*

—*¡Por favor Pit, no! ¡Por favor!*

Diane corrió y se lanzó con ferocidad contra el hombre que ya empezaba a golpear a la mujer con su cinturón. Ella pensó solo darle un escarmiento, pero cuando lo tuvo preso entre sus manos, no pudo evitar morderle el palpitante cuello con ferocidad, mientras la mujer que no entendía lo que estaba ocurriendo la golpeaba con su cartera para defender al hombre.

—*¡No le hagas daño! ¡Basta!*

Werner había estado mirando la escena impasible desde las sombras, pero al ver la trifulca que se estaba armando, no le quedó más remedio que intervenir, y cogió a la mujer para hincar sus propios dientes en el cuello. Luego de unos minutos la soltó para darle el mismo tratamiento que le había prodigado a la enfermera. Después le quitó el cuerpo del hombre a Diane, e hizo lo mismo.

—*¿Los mataste? ¿Por qué?*

—*¿Debería dejar que vivieran? ¿A él para que se transformara en un vástago asqueroso debido a su costumbre de explotar mujeres? ¿O, a ella para que le contara a todo el mundo que su *manager*, había sido mordido por una vampira preocupada por los temas sociales?*

—*¡Él iba a golpearla!*

—*Sí, pero era su vida, ¿o no viste cómo lo defendió de tus colmillos? Por supuesto, ni cuenta*

te diste.

—Lo siento, no pude contenerme.

—Espera aquí, iré por la camioneta.

—¿Es que acaso..?

—No. Solo espera.

Cuando Werner volvió, tuvo que ayudarlo a subir los cadáveres a la parte de atrás, y luego mientras conducían a en dirección al río, él la miró un instante.

—¿Al menos saciaste tu sed?

—Mejor no preguntes, siento repugnancia de mí.

—No lo puedes evitar, quizás a veces logres controlarlo, más siempre estará latente tu instinto asesino. Lllaman asesina a la orca porque es un mamífero que ataca a otros animales grandes para sobrevivir. Nosotros hacemos lo mismo. Supuestamente somos más racionales, pero en el fondo no somos muy diferentes de ellos.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó Werner, después de un rato.

—Es que no entiendo. ¿Cómo de un día para otro pasé de ser una estudiante recién graduada a una asesina en serie?

—¿Asesina en serie?

—Es lo que podría llegar a ser, ¿no?

—No te lo permitiré, antes prefiero matarte yo mismo.

—¿Por qué mejor no te encargas de los que hacen esto?

—No puedo acabar con todos yo solo, hago lo que puedo, pero ellos están en constante movimiento.

—¿Y si yo te ayudo?

—¿Tú? —Él la miró con escepticismo—. Por tu bien, lo mejor es que te mantengas lo más lejos posible de ellos. No querrás encontrártelos.

—¿Qué otra cosa me podría suceder que sea peor que esta?

—Internarte en un mundo oscuro del que no podrás salir. Aún estás a tiempo de aprender a vivir casi como un humano normal.

—¿Tú me vas a enseñar?

Werner, desvió la vista del camino para mirarla a ella, ¡era tan inocente!

—Haré todo lo posible por protegerte, pero deberás aprender a cuidarte sola.

—Werner...

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—Lo sé, pequeña.

Continuaron en silencio el camino, cada uno metido en sus cavilaciones.

Werner no dejaba de pensar en el río que se estaba metiendo. Hacía mucho tiempo que había decidido continuar solo el camino, hacia lo que él llamaba redención, porque hacía todo lo posible por no matar personas inocentes, y todo había marchado bien hasta la noche anterior. Debió haber matado a la chica, pero algo en ella se lo impidió. ¿Qué había sido, atracción, deseo? No lo sabía y no tenía intención alguna de descubrirlo tampoco.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella de pronto, rompiendo el silencio.

—Al río. En busca de un lugar propicio.

Él continuó conduciendo en silencio. Luego de una media hora, llegaron a las afueras de la ciudad y Werner condujo hasta un parque en el que la gente solía hacer días de campo, y había unos botes.

—Lo ideal, hubiera sido incinerarlos —dijo él—, pero no hay ninguna fundición cerca.

—¿Entonces?

—Los tiraremos al río.

—¿Y si los cuerpos salen a flote?

—Ataremos unas piedras a sus pies.

—Todavía sangran —observó Diane.

—Que no se te ocurra beber sangre de un muerto, te enfermarás. Bien, ayúdame a meterlos en las bolsas.

—Andas bien preparado por lo visto.

—Siempre se puede presentar una emergencia.

El silencio volvió a caer entre ellos. Werner lo prefería así, no deseaba llegar a entablar una amistad profunda con Diane, mientras menos vínculos tuvieran, mejor.

Después de corto tiempo, el cuerpo de la prostituta y el proxeneta estuvieron metidos en unas bolsas negras.

—¿Cómo les vas a amarrar las piedras a los pies si están dentro de la bolsa?

—Entonces, rodearemos sus cuerpos con la cuerda.

Diane, hizo todo lo posible por reprimir su repugnancia. Su parte humana, reclamaba por la crueldad del acto que estaba a punto de cometer, y eso le revolvió el estómago.

—¿Y las piedras? —preguntó después.

—Están a tu lado, ¿no las viste?

—No. ¿Estás seguro de que no tienes poderes?

—Totalmente... Tendremos que hacer dos viajes, los botes son pequeños y no resisten tanto peso.

—Está bien, pero terminemos rápido con esto, ¿quieres?

Cargaron el primer cuerpo en el bote y después que Diane se subió, Werner lo soltó del embarcadero y saltó a bordo.

Remaron hasta el centro del río y Werner le pidió a ella que le ayudara a tirar la bolsa por la borda.

—¿Hay suficiente profundidad? —preguntó ella, dudosa.

—Es un río navegable, ¿no sabías?

—Lo sabía.

—Bien, hagámoslo.

Diane, no logró reprimir las lágrimas cuando ayudó a Werner a empujar el cuerpo, no sabía si era el hombre o la mujer, pero eso daba lo mismo, eran dos víctimas inocentes de su nuevo yo.

Werner, remó con rapidez hasta la orilla, Diane saltó del bote y corrió lo más lejos que pudo. Él no la siguió, solo se ocupó de la segunda bolsa. Minutos después la encontró hecha un ovillo, sollozando, escondida detrás de un árbol.

VI

Werner, se sentó sobre una de las raíces del árbol que sobresalían de la tierra. Él la observó unos segundos, y luego con cautela estiró una mano hacia ella.

—¿Por qué lloras?

—¿Los vampiros no lloran? —espetó ella, con rabia.

—No he dicho eso, te he preguntado por qué lloras.

—Me he convertido en un monstruo, ¿te parece poco?

—No eres un monstruo, al menos no todavía, y de ti depende no convertirte en uno.

—¡Oh, Werner! —Ella se incorporó de golpe y se abrazó al torso de él, dejándolo perplejo. Werner no quería tener ese tipo de contacto. —Aún no pasan dos días y ya siento que no podré soportarlo. Quiero mi vida, quiero a mi familia.

Nuevamente los sollozos la asaltaron y Werner ya no pudo mantenerse impassible ante el dolor de la joven. Hizo lo que nunca debió: la abrazó.

Diane, sintió que podía confiar en ese hombre, sintió que con él siempre estaría a salvo, y lo abrazó más. Sus sollozos se fueron apagando, y la pena de pronto se transformó en necesidad, una necesidad imperiosa de acortar aún más la cercanía que en ese momento tenía con Werner. Sin meditarlo mucho, Diane, levantó la cara hacia él y lo besó.

—¿Qué haces! —rugió él, empujándola para incorporarse.

—Te necesito.

—Estás desquiciada. No puede ser.

—¡Por favor, Werner! ¿Es que acaso no me deseas?

—¿Cómo no hacerlo? —Werner la miró de arriba abajo, deteniéndose en esos ojos suplicantes—. Solo te podría hacer daño.

—¿Por qué? ¿Por qué me harías daño? ¿Crees que soy virgen, o era?

—No se trata de eso, olvídale. Vamos a casa.

Él comenzó a caminar a paso rápido hacia la camioneta, y a Diane no le quedó más remedio que seguirlo.

Durante el trayecto de regreso al departamento, ninguno de los dos habló. Entre ellos cayó un denso silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper.

—¿Tienes hambre? —preguntó él, cuando entraron.

—No —mintió ella. No pensaba volver a tomar sangre en lo que le quedara de vida—. Me voy a mi cuarto. Pronto amanecerá.

—Está bien. Si quieres algo ya sabes dónde buscar.

—Gracias.

Todas las noches, durante los últimos veinte años, Werner, tenía por costumbre sentarse en su butaca favorita para disfrutar de la música clásica que tanto le gustaba. Esta noche su mente no estaba tranquila, ¿qué atención podría ponerle a Beethoven, Mozart, o Bach, cuando su corazón estaba tan atribulado?

Abrió el armario, para sacar una caja de madera que guardaba entre las de los zapatos. Con ella en las manos, se sentó en el borde de la cama, y la abrió.

Dentro de la caja, había ido acumulando pequeños recuerdos, que había acumulado a través de los años. Cosas poco importantes como boletos del teatro, diplomas obtenidos cada vez que se había metido a la escuela de medicina para tomar un curso nuevo, un soldadito de plomo, inclusive botones. Sin embargo, el regalo máspreciado era un daguerrotipo de Diane Riemelt, su esposa.

Era una noche de noviembre de 1840. Werner volvía a casa, después de haber visitado varias casas. Su labor como médico de un pequeño pueblo en Bremen, le exigía hacer estas consultas domiciliarias. Ese invierno había sido especialmente nevado, y había muchos niños y ancianos enfermos con bronquitis.

La casa estaba a oscuras, cosa que le extrañó porque Diane era miedosa y la mantenía iluminada cuando él no estaba.

—¡Diane! ¡Amor! ¿Dónde estás?

Werner comenzó a recorrer a tientas la sala, en busca de una lámpara. Se tropezó con una silla que estaba volcada en el suelo. Los vellos de la nuca se le erizaron, algo había sucedido.

—¡Diane! ¡Diane!

Lo único que escuchó fue el gemido de Max, el perro de su esposa. Por fin encontró una lámpara y la encendió con dedos temblorosos. Cuando la titilante luz se esparció por la pequeña estancia, Werner contempló con horror la escena que tenía ante sí: el papel tapiz estaba manchado de sangre y el perro yacía junto al sillón en el que Diane acostumbraba a sentarse a tejer.

—¡Max!

El can tenía el vientre desgarrado, con parte de sus entrañas hacia afuera. El pobre animal lo miró con ojos suplicantes, como pidiendo que le pusiera fin a su sufrimiento. Werner quiso hacerlo, pero en ese momento era más importante buscar a Diane.

—¡Diane! ¡Diane! —gritaba, mientras recorría la casa, pero ella no estaba en ninguna parte.

Cada vez más desesperado, comenzó a recorrer el exterior de la casa. La nieve estaba alta y le costaba caminar sin hundirse. De pronto, pensó en el cobertizo de la leña. Fue rápido hasta allí. En el invierno costaba abrir la puerta, pero ahora estaba suelta de sus goznes. Alguien con mucha fuerza la había abierto de un solo tirón.

—¿Diane? ¿Estás aquí, amor? ¿Diane?

Algo se movió dentro de la pequeña bodega. Werner había salido sin la lámpara, pero recordó que siempre mantenían una en el cobertizo. Con dedos entumecidos por el frío, buscó los cerillos en su abrigo. Cuando por fin logró prender uno, no tuvo tiempo de buscar nada, porque algo se le lanzó encima con una fuerza brutal y lo aplastó contra el piso de tierra.

Él luchó con todas sus fuerzas para librarse del mortal abrazo, pero el ser de fétido aliento tenía una fuerza inusual que no logró dominar.

Werner quedó tirado en el piso del cobertizo. Supo que estaba muriendo, y sus últimos estertores estuvieron acompañados del pensamiento de que Diane, y él no se habían despedido.

Cuando despertó a las horas después, supo que algo había cambiado dentro de su ser. Adivinó que estaba vivo, pero no de la misma forma que todos los seres humanos. Werner se dispuso a buscar a Diane, pero fue ella la que lo encontró a él.

El sol había salido y la luz se filtraba por entre las tablas, por lo que Werner pudo ver perfectamente a su mujer saltando encima de él, rugiendo como un animal para apoderarse de su cuello, mientras enseñaba unos colmillos perfectos que sobresalían delicadamente por debajo de los dientes.

—¡Diane!

En vano trató de zafarse de ella. Tuvo que golpearla, más ella no parecía sentirse afectada por los golpes y volvía a la carga una y otra vez. Fue ahí cuando Werner descubrió que los cuentos que los abuelos contaban junto al fuego, eran verdaderos: esos seres infernales llamados comúnmente vampiros existían, y él y su esposa habían sido mordidos por uno. Entonces, haciendo acopio de toda la humanidad que logró reunir, le dio un nuevo golpe a Diane, y con la precisión de un cirujano le cortó la cabeza. No permitiría que ella pasara el resto de sus días convertida en un ser aborrecible, en cuanto a él, tendría que encontrar a quien lo quisiera matar. Pero Werner no tuvo suerte, más bien debió aprender a vivir con ello.

Werner acarició la foto. La joven que sonreía a la cámara, era idéntica a Liz Saunders, la nueva Diane. Se preguntaba qué haría con ella, mientras la tuviera cerca, su vida nunca más volvería a estar en paz. De pronto los gritos provenientes de la habitación contigua, confirmaron sus temores.

VII

Werner, abrió lentamente la puerta de la habitación de Diane. No sabía si la encontraría caminando por el cielo raso o trepando por las paredes. Pero no fue así. Diane se revolcaba en la cama. Su rostro estaba sudoroso, y en sus ojos hundidos parecían inyectados en sangre. Su cuerpo, yacía encogido y sus brazos pasaban alrededor de su estómago en una acción de protegerse del dolor.

—¿Diane?

—No soporto más. ¡Me duele tanto!

—Es que no te has alimentado hace horas.

—¡No quiero! ¡Prefiero morir!

—¿Estás segura? —preguntó él, acercándose a la cama.

—¡Sí! ¡Mátame por favor, Werner!

Algo se removió dentro del hombre.

—No digas eso. Si mueres se muere contigo la posibilidad de volver a ver tu familia. —¿Él había dicho eso?

—¿No dijiste que ya estoy muerta para ellos?

—Liz Saunders, sí. Pero Diane Phillips quizás no.

—Por favor, deja de mentir. Además, ellos no conocen a ninguna Diane. ¿Cómo podría presentarme ante ellos? ¡Oh, me duele!

—Si me dejas darte algo de beber, te diré cómo.

—No trates de engañarme.

—No lo hago. Te lo prometo.

Werner salió del cuarto y volvió a los pocos minutos con un vaso grande de líquido rojo.

—Pensé que así sería más agradable.

—Eres detallista —dijo ella, apretándose el estómago.

—Bebe.

Diane tomó el vaso de manos de Werner, con dedos vacilantes. Aún no sabía si quería ingerir la sangre. No sabía si valía la pena continuar viviendo solo para tener la oportunidad de ver a su familia, aunque fuera una vez más.

Diane, dio un sorbo y le entregó el vaso a Werner. Eso era suficiente para que él le contara sus planes, luego decidiría si continuaba bebiendo o no.

—Todo —la urgíó él.

—Primero cuéntame tus planes.

Werner se acomodó bien junto a Diane. No tenía ningún plan en mente. Solo lo había dicho para salvarla. ¿Por qué no la dejaba morir? Sería un dolor de cabeza menos. Sin embargo, algo dentro de él le pedía que se aproximara más a ella, y no como amigo, sino algo más íntimo, ¿sería capaz? Cogió la servilleta negra que había llevado y estiró la mano para limpiarle la comisura de la boca a Diane.

—Vaya, vaya. Qué escena más encantadora —dijo de pronto, una voz desconocida.

Diane, se sobresaltó, ¿en qué momento había entrado ese hombre? Werner se incorporó con rapidez y se puso inmediatamente en guardia.

—¿Quién eres?

—¿No me recuerdas?

—No te conozco.

—Soy Misha Pavlovich.

—Eso no me dice nada.

—Bremen 1840.

—¡Tú! —Werner se lanzó contra el desconocido. Era el desgraciado que los había mordido a él y a su esposa esa noche nevada.

Misha, rechazó a Werner como si fuera un muñeco de trapo. Diane los miró a ambos, ¿cómo que los vampiros no tenían poderes especiales?

Werner se lanzó con más fuerza sobre Misha, pero fue inútil. El otro vampiro que aparentaba casi la misma edad que él, con una sola mano lo levantó del cuello y lo mantuvo en el aire, mientras Werner hacía esfuerzos desesperados por librarse.

Viendo todo esto, Diane, apuró el vaso de sangre que aún sostenía en una mano. Pudo sentir en forma casi instantánea como recuperaba las fuerzas.

—Siempre te he vigilado. En parte eres como mi hijo —le dijo Misha, a Werner.

—No me interesa. Debí buscarte esa noche y matarte.

—No habrías podido, no tenías la fuerza suficiente. Y ahora tampoco, ¿de qué te alimentas, de ratones?

—¿Qué buscas?

—La quiero a ella. Ella debe ser mía.

—¿Es que acaso tú...?

—No, fue uno de mis chicos. Yo la elegí en esa multitud de gente. Él solo cumplió con el encargo.

—¿Por qué la quieres?

—Me gusta.

De pronto, aprovechando la distracción del vampiro, Diane, saltó encima de él, y con ferocidad hincó sus dientes en su blanco cuello. Sorprendido más que asustado, Misha soltó a

Werner para zafarse, pero los finos dientes de Diane estaban incrustados en su piel. Sin embargo, él poseía más fuerza y cuando sintió que ella había tenido suficiente de su sangre, la arrojó lejos. Diane cayó desmadejada junto a Werner, y de inmediato, él la cogió con un abrazo protector.

—Qué escena más romántica —se burló Misha, pasándose un pañuelo por el cuello—. Ahora tendrás más fuerza. Has bebido la sangre de un vampiro primitivo. Por mis venas corre sangre de una de las castas más antiguas del mundo.

—¡Y eso a mí, qué me importa! —espetó Diane, con furia.

—Serás mía —dijo Misha, sin responder a la provocación—. Nos veremos.

Después de que Misha salió tan silenciosamente como había llegado, Diane miró furiosa a Werner.

—¿Por qué no hiciste algo? —le gritó en la cara—. Eres un cobarde, debiste acabar con él inmediatamente.

—No tengo la fuerza suficiente para luchar contra él. Esa sangre que bebemos de bolsas de transfusión, no es igual a si la tomáramos directamente del cuerpo.

—Pero escuchaste lo que dijo, ¿no? Él fue el responsable de tu conversión y de la muerte de tu mujer. No puede quedarse sin castigo.

—Lo sé, lo sé.

—¡Además me quiere a mí!

—Me inquieta saber que ha estado acechando por más de cien años.

—¿Qué haremos?

—Huir de aquí.

—Nos podrá encontrar en cualquier sitio, Werner.

—Por eso, vamos a separarnos.

—¡No estoy preparada para continuar sola! ¡Además no me dijiste cuál es el plan para volver a ver a mi familia!

—Ahora eso es imposible. Cámbiate, vamos a salir.

—¡Responde!

—Aún no. Ordena tu cabello, y maquillate un poco, estás muy pálida.

—No entiendo.

—¡Date prisa!

La camioneta negra de Werner, rodaba por un sector un sector comercial, pero no lleno de grandes tiendas, sino locales de reparación de teléfonos celulares, ventas de *chips*, bares y otros con apariencia de prostíbulos. En las aceras se veían hombres y mujeres haciendo todo tipo de intercambios extraños, que, a la vista de Diane, parecían drogas; objetos robados quizás y el propio cuerpo.

Diane no se atrevía a formular todas las preguntas que tenía atrapadas en la garganta: ¿A

dónde iban? ¿Qué harían después? ¿A dónde pensaba Werner enviarla? Y la más importante: ¿cómo se las arreglaría ella sola con su actual identidad? Prefería no pensar, el hecho de ser ahora un vampiro no la había transformado en una mujer más valiente.

—¿Al menos puedes decirme dónde vamos? —preguntó ella, rompiendo el silencio porque no soportaba no saber.

—A buscar un amigo que nos va a ayudar.

—¿A qué, a escapar?

—No. A conseguir documentos con tu nueva identidad.

Diane, volvió a guardar silencio, hasta que se le ocurrió una nueva pregunta.

—¿Cómo haces para trabajar en el hospital? ¿Cómo te resistes?

—Me ha llevado más de cien años, aprender a controlarme. No es algo fácil.

De pronto, sin aviso, la camioneta frenó de golpe y Diane que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, se golpeó la cabeza contra el parabrisas.

—¡Auch! —Diane, miró airada a Werner mientras se tocaba la frente—. Eres un bruto.

—Déjame ver.

Werner encendió la luz interior y rodeó la cara de Diane con ambas manos para observarla. Mientras él observaba su frente a ella se le aceleró la respiración. Estaban demasiado cerca el uno del otro. Diane, levantó los ojos para ver los de él. Se miraron fijamente por un instante, y luego sucedió.

VIII

Werner aferró con ambas manos el rostro de Diane, como temiendo que ella pudiera escapar, y la besó.

Hacía mucho que no besaba unos labios tan dulces como los de Diane, quizás desde que su esposa vivía. Una boca que aún no estaba corrompida. Sintió deseos de poseerla ahí mismo y perderse en ella para siempre. No saber más del mundo infernal en el que por fuerza le había tocado vivir.

Diane a su vez, correspondió con ansiedad. No estaba enamorada de Werner, pero sentía una necesidad de fundirse con él, que llegaba a ser dolorosa.

Él quiso soltarla, pero ella no lo dejó. Todo lo contrario, se apegó más a él y comenzó a gemir, a la vez que intentaba quitarse la ropa.

—¡Aquí no! —la reprendió Werner, quitándosela de encima con brusquedad.

—Te necesito —rogó ella.

—Pero no aquí.

—¿Tú también me necesitas? —ronroneó ella a su lado.

—¿Qué te pasa?

—No sé, no puedo evitar sentirme así. Quizás fue la sangre de ese vampiro.

—Sí es por eso, no puede pasar nada entre nosotros. No me gustan las aventuras... Vamos.

Diane, siguió a Werner hasta un negocio que en realidad era la entrada a una pequeña galería comercial. Diane, miró a su alrededor y estaba lleno de artículos provenientes de Asia. Continuaron hasta un local donde había un hombre con una linterna en la frente, reparando un celular.

—¿Cómo estás, Murat?

—¡Mi médico favorito! ¿Qué haces visitando a los pobres?

—¿Pobres? ¿Hablas de ti, viejo zorro?

El turco ríe, mostrando unos dientes decorados con piedras brillantes.

—¿En qué puedo servirte?

—Esta señorita necesita una identidad nueva.

—¿Para cuándo?

—Para ayer.

—Trabajo exprés, cuesta el doble. Ya sabes.

—¿Y qué hay de tu eterno agradecimiento?

—Ese lo tienes, pero *business is business*.

—No voy a regatear, solo porque tengo prisa.

—Vengan conmigo.

El hombre cerró la puerta de vidrio, y puso un cartel que decía “Vuelvo pronto”. Luego hizo pasar a Werner y Diane hasta la trastienda que estaba separada por una cortina negra del resto del local.

—Posa para mí, preciosura —le dijo a Diane, mientras sacaba una cámara profesional de un cajón.

—Murat... —le advirtió Werner.

—Tu novia es hermosa, amigo.

—¿Podemos terminar pronto? —Diane estaba irritada por la forma en que el turco la miraba, como si quisiera desnudarla.

—Solo un instante cariño —dijo él, disparando el obturador—. Solo dos más.

Después de tres *clicks*, Murat por fin bajó la cámara. Recibió los euros de Werner y buscó lápiz y papel.

—Pon aquí los datos: nombre completo y fecha de nacimiento. ¡Ah! Residencia y nacionalidad también.

Werner sin consultar con Diane, comenzó a anotar, pero ella le quitó el papel, y anotó su fecha de nacimiento real, y como residencia, los Estados Unidos.

—No —dijo Murat al verla—. Tiene que ser de la Unión Europea.

—Pero...

—Sin peros, yo no fabrico pasaportes americanos, solo europeos.

—¡Oh! Podría haber sido Reino Unido. Además, para moverme dentro de la Unión Europea no necesito pasaporte.

—Pero si quieres moverte fuera de ella y del Espacio de Schengen, sí.

—Basta, paren con la discusión. Diane, da lo mismo, es solo tu residencia actual. Y tú, Murat. Mañana vengo a esta misma hora por los documentos.

Cuando salieron de vuelta a la calle, Diane no dejaba de pensar que, aunque fuera tonto, no le gustaba pensar en que ahora tendría otra nacionalidad. Tendría que inventarse una nueva vida, un nuevo pasado, que encajara con su presente.

—¿Murat no sabe que eres vampiro?

—No.

—¿De dónde le conoces?

—Hace bastante tiempo, llegó muy mal herido y logré salvarlo.

—Hace bastante tiempo... ¿Es decir, que llevas muchos años trabajando en el mismo hospital?

—Algunos.

—Ahora podré ir a Nueva York.

—¿Y poner en riesgo a tu familia? No mientras Misha esté detrás de ti.

Diane, guardó silencio enfurruñada. Ahora tendría que vivir escapando solo porque a un vampiro loco se había encaprichado con ella.

—¿A dónde iremos?

—No sé. Creo que a Bélgica.

—No hablo francés.

—No importa.

—Vamos a Inglaterra. Por lo menos podré desenvolverme mejor si puedo comunicarme con la demás gente.

—Lo voy a pensar.

—¡Eres odioso!

—Lo sé.

—Y creo que te complace serlo.

—Sí.

Werner, se estaba comportando como un cretino, pero lo hacía a propósito pues se había propuesto desalentar a Diane, para que el beso que se habían dado se lo olvidara y no intentara volver a interesarse por él. Temía que él, un vampiro viejo ya, se estuviera enamorando de esa alocada muchachita. La dejaría instalada en alguna ciudad de Bélgica y luego volvería a buscar a Misha. Tenía que acabar con la vida de ese hombre o jamás volvería a estar en paz, si es que alguna vez lo había estado. Era su deber vengar a su Diane, y no descansaría hasta lograrlo.

—Un dólar por tus pensamientos.

—Es muy poco.

—No tengo más, Werner, y el que tengo no sé de dónde apareció. Si voy a vivir como una persona común y corriente, debo tener dinero, ¿no?

—Yo te daré.

—¿Viviré de ti? ¿Como una mantenida?

—¿Y qué tiene de malo?

—Que no somos nada tú y yo.

—Vaya que tienes escrúpulos.

—¡Bah!

—Creo que tendrás que buscar un empleo, pero no todavía.

—Está bien. Werner... Tengo hambre, o sed. No sé cómo describirlo.

—Ya casi llegamos a casa.

En el departamento, Werner le sirvió un vaso del vital líquido a Diane y luego le dijo que fuera a descansar. Ella, no le hizo caso y comenzó a acosarlo para que la besara.

—No volverá a ocurrir.

—Yo te gusto, lo sé. Bésame.

—No. No insistas.

—No te entiendo. Si te gusto por qué no quieres estar conmigo.

—Porque no.

—No seas infantil, esa no es una respuesta.

—¿No te quieres ir? Entonces lo haré yo.

Werner se encerró en su habitación, dejando sola a Diane sola y atribulada. Ese hombre le atraía demasiado, pero el muy tonto la estaba despreciando. Tendría que darle una lección. Se volvió a poner la chaqueta que se había sacado al llegar y salió del departamento.

Cuando salió a la calle, se alegró porque Werner no se había dado cuenta de su escapada. Como no conocía la ciudad, decidió dejarse llevar por su instinto...y por su olfato.

Caminó por las calles vacías, hasta que divisó letreros luminosos que indicaban la presencia de alguna taberna. Entró al primer bar que encontró y se acercó a la barra, luego pidió un whiskey a pesar de que no lo iba a beber y que tampoco tenía cómo pagarlo. Sin embargo, pronto llamó la atención de un hombre joven que estaba al otro extremo. El hombre se aproximó con la mejor sonrisa que tenía para esas ocasiones.

—Hola.

—Hola.

—¿Hablas alemán? —Diane negó con la cabeza— ¿Estás sola? —preguntó después el hombre, en inglés.

—¿Y tú?

—Pregunté primero.

—Estoy sola.

—Yo también.

—Te puedo invitar otro trago.

—No bebo.

¿Y por qué pediste uno?

—Para que te acercaras. Quiero otra cosa. Necesito compañía. ¿Vamos a tu departamento?

—Eres directa.

—¿Sí o no?

El hombre la recorrió con la mirada, evaluándola.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta.

—Vamos entonces.

IX

El hombre era guapo y bien vestido, por lo que a Diane no le extrañó que su coche fuera un deportivo del año, el que salió hecho un bólido en dirección a un elegante barrio comercial, que obviamente ella no conocía.

Diane solo se preocupó en tener presente todas las vueltas que dio el coche para poder regresar luego con Werner.

Finalmente el coche se detuvo en un edificio ubicado junto a lo que parecían ser oficinas. Posteriormente a este había otro que parecía tienda por departamentos.

El portón eléctrico se abrió, y el coche descendió por una pendiente al estacionamiento subterráneo del edificio.

—¿Vamos? —invitó él—. ¿Cómo te llamas?

—Solo llámame Liz —su instinto de conservación le impidió dar el nombre que utilizaba ahora.

—Hola, Liz, yo soy...

Diane estiró una mano hacia él y le tapó los labios con sus dedos.

—No quiero saberlo.

—Cómo prefieras, Liz.

Caminaron uno junto al otro hasta el ascensor. El joven quería besarla pero ella lo rechazaba. Él comenzó a encontrarla extraña, pero la curiosidad que sentía por ella fue más fuerte y siguió adelante.

Cuando entraron al piso, él se quitó la chaqueta, mientras Diane observaba a su alrededor.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Por qué vas a buscar mujeres a esos lugares de mala muerte? ¿No hay bares con mujeres más elegantes en los alrededores?

—Sí, pero acá no encuentro especies exóticas.

—¡Ah, soy exótica!

—No eres exótica, pero sí muy, muy intrigante.

El hombre comenzó a aproximarse a Diane, y con un rápido movimiento la tomó en sus brazos.

—No me dirás que no ahora.

Cuando Werner se levantó por la mañana, lo primero que hizo fue ir a ver si Diane se encontraba bien. Le había costado bastante separarse de ella la noche anterior pues su cuerpo le había reclamado satisfacción, pero él no había querido sucumbir. Diane le gustaba demasiado y

eso lo asustaba.

—Diane. —Werner golpeó la puerta con suavidad, pero nadie contestó—. ¿Diane?

Al no recibir respuesta por segunda vez, Werner abrió la puerta de golpe, y la visión que se presentó antes sus ojos lo dejó atónito.

Como si de una mala película de *gore*, se tratara, Diane yacía dormida sobre la cama envuelta en una capa sanguinolenta que la cubría casi por completo. No se veía ni un solo lugar de ella que no estuviera cubierto de sangre, desde el cabello hasta los pies.

Los ojos de Werner observaron a Diane casi horrorizados.

—¿Qué has hecho?!

—Necesitaba comer. Lo que tú me das no me deja satisfecha. Si te hubieras quedado conmigo, quizás no habría salido. —Diane intentó limpiar los restos de sangre seca de su rostro, sin éxito.

A Werner no le cupo duda de que la juventud de Diane era un peligro. Iba a ser muy difícil controlar su impetuosidad.

—¿No te das cuenta, que pronto toda la policía de Colonia estará sobre ti? ¿Sobre nosotros? He intentado mantener un perfil bajo por más de un siglo, pero ahora todo se está yendo a la mierda.

—No pude controlarme, Werner. Perdóname... Debiste matarme.

De pronto los ojos de Diane se llenaron de lágrimas. Estaba arrepentida, pero ya el mal estaba hecho. Había dado muerte a un hombre sin detenerse a pensar que estaba cegando una vida.

Werner desvió la vista. Tenía que ser duro con Diane. Si cedía ante sus lágrimas estaría perdido. No podía permitir que su rostro ingenuo lo continuara cautivando hasta hacerlo perder la cabeza por completo. No. Se aseguraría de ponerla a salvo de Misha, y eso sería todo. Ella tendría que aprender a valerse por sí misma. A pesar de todo, estaba tranquilo con la vida que llevaba antes de que Diane apareciera, y quería que continuara así.

—¿Por lo menos te aseguraste de que no se convirtiera?

—Lo maté, Werner.

—Asaete, y duerme. Por la noche iremos por los pasaportes. Mañana mismo nos marcharemos a Bélgica.

—¿Iremos en avión?

—Haremos un largo viaje en automóvil.

—No sé cómo logras controlarte.

—No creas que ha sido fácil.

—Pero hay más vampiros dando vueltas por allí.

—Sí, y seguramente la policía se vuelve loca resolviendo esos casos, pero a mí solo me importa que no sea yo el perseguido por ellos. En este negocio debemos aprender a cuidarnos las espaldas nosotros mismos.

—¿Y a mí? ¿Me las cuidarás?

—Lo haré lo mejor que pueda. Me aseguraré de que Misha no te encuentre.

—¿Y me dirás cómo regresar a Nueva York?

—Lo haré. No te preocupes.

No podía decirle en ese momento que sus planes eran alejarse de ella, y no ayudarla a regresar a Nueva York. Lo que Diane deseara hacer después de lograr sacar a Misha de sus vidas, tendría que hacerlo por su cuenta. Su apoyo llegaría solo hasta allí. Sus caminos tenían que separarse aunque ella no quisiera. El permanecer juntos podría significar la destrucción de ambos, y a él le estaba empezando a importar demasiado todo lo que a ella concernía. Se alejaría de Diane y ella aprendería a hacer su vida, tal como él había tenido que aprender.

—Gracias, Werner.

—No me las des aún, Diane. Esto recién comienza.

—Intentaré comportarme.

—Eso espero. Por tu bien.

En los ciento cuarenta y cuatro años que llevaba siendo vampiro, jamás había conocido a alguien que volviera a despertar aquellos sentimientos largamente dormidos dentro de él. Pero por supuesto no pensaba confesarlo. Ella debía creer que a él no le importaba.

—¿Está listo el pasaporte, Murat?

El turco sonrió, mostrando el destello de sus dientes. Cualquiera diría que sonreía hasta cuando no era necesario hacerlo, para poder lucir su brillante dentadura.

—Cierra esa boca, Murat. No quiero quedarme ciego, y Diane tampoco.

—Los documentos de tu novia están listos, pero deberás pagar más.

—¿Por qué?

—Recordé un encargo que me pediste hace tiempo, y confeccioné lo mismo para ella.

—¿Encargo?

—Licencias de conducir. Hice para tres países: Reino Unido, Bélgica, Francia, y por supuesto, Alemania.

—Creo que esos dientes te han vuelto más inteligente, Murat. Te felicito. Ahora no sé qué es más brillante, si tus dientes o tus ideas.

—¿Y cuál nacionalidad me diste finalmente, Murat? —le preguntó Diane con voz melosa.

—La que tú querías nena, una británica, con una dirección de un barrio caro de Londres.

—¡Estupendo!

—¿Cuánto más?

—Por ser a ti, mi querido doc, quinientos euros.

—¿Aceptas transferencia?

—Tú sabes que no.

De malas ganas, Werner extrajo su cartera y le pasó los billetes a Murat. Luego tomó a Diane de la mano, y la condujo hasta afuera. Desde la puerta, Murat levantó la mano para despedirse.

—*Bon voyage, mes amis.*

X

—¿Cuándo partimos? —preguntó Diane interesada.

—En dos días.

—Pensé que lo haríamos mañana. Eso dijiste.

—Antes tengo que hacer revisar la camioneta, y comprar lo necesario para el camino.

—Pensé que volaríamos.

—Nosotros no volamos.

—¡En avión, tonto! ¿Me estás tomando el pelo?

—Tú eres la que me está tomando el pelo. Cómo se te ocurre pensar que tomaremos un avión, con tantos cuerpos cerca. O crees que las cosas son tan sencillas como el cuento de Leo Kozlov que voló de regreso a su hogar, cuando vio que en Estados Unidos las cosas ya no eran como antes.

—No conozco ese cuento. Nunca fui aficionada a los vampiros.

—Deberías leerlo, es muy divertido.

Diane no iba a fingir un interés que no sentía. Volvió el rostro hacia la ventanilla y se dedicó a mirar el exterior.

De pronto, gruesas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Era increíble, pensó entre sollozos, que no hubiera perdido la capacidad de llorar.

—¿Qué te ocurre?

—No puedo creer que mi vida haya cambiado de esta forma en un par de días. O no vida, ya que estoy muerta.

—No estás muerta, Diane. Solo has cambiado de forma.

—¿Te parece poco?

—Es algo con lo que tendrás que aprender a vivir.

Diane sorbió la nariz y se limpió las lágrimas. Werner siempre tenía razón: no valía la pena lamentarse por lo perdido ya que no había posibilidad de recuperarlo. Lo mejor era mirar hacia el frente y aprender a vivir con el mañana.

—Werner.

—Dime.

—Quiero aprender a vivir como una persona normal, o al menos, lo mejor posible. Deseo... Deseo no estar pensando las veinticuatro horas del día en lo que me he convertido. ¿Crees que sea posible?

—Con mucho trabajo, sí. Es posible llevar una existencia prácticamente normal. ¿Estás

dispuesta a aceptar el reto?

—Sí. Siempre que estés tú conmigo para guiarme.

—Te lo prometo. Estaré contigo hasta que aprendas. Luego correrás por tu cuenta.

—Acepto —repuso ella. No pensaba decirle que eso no ocurriría. No pensaba dejarlo ir. Diane necesitaba a Werner en su vida para que la protegiera de los Mishas que se pudieran presentar, e inclusive de sí misma.

Con una sonrisa en sus hermosos labios, ella posó ambas manos en el brazo de él, y luego se aproximó para darle un beso en la mejilla.

—¡Cuidado, estoy conduciendo!

—No seas tonto. No nos ocurrirá nada. Somos inmortales.

—Pero los transeúntes no.

—¡Oh, tienes razón!

Esos dos días que faltaban para iniciar el viaje, ambos estuvieron envueltos en un ambiente de camaradería. Diane no salió del departamento a rasgar ningún cuello, y Werner se mostró paciente con ella a la hora de alimentarla. Por lo tanto, no hubo gritos ni berrinches.

Diane pensaba que Werner sería un buen marido, y Werner pensaba que Diane era adorable cuando estaba de buen humor.

Dos días después, muy temprano en la mañana, estaban saliendo hacia Bélgica. Recorrerían más de cien mil kilómetros hasta Lieja, primera ciudad en suelo belga, pasando por pequeños poblados en los que rentarían cabañas, y así mantenerse alejados de los hoteles y de la gente. Werner lo tenía todo estudiado centímetro a centímetro, minuto a minuto. Solo esperaba que Misha no se les apareciera en algún lugar de aquellos, queriendo satisfacer sus demandas.

Ya era de noche cuando llegaron a Düren, aún en tierra alemana.

Luego de cargar combustible pasaron de largo el centro para buscar las cabañas que Werner había rentado por internet.

—Quiero conocer la ciudad.

—Son todas iguales.

—¡Pero!

—¿Ya no quieres comportarte, Diane? Ayer lo estabas pidiendo, y hoy...

—Está bien. Está bien. Aún no estoy domesticada.

—Tú lo has dicho.

La cabaña formaba parte de un complejo turístico campestre, si se puede llamar así. Las casas eran pequeñas y estaban enclavadas en árboles gigantes. Sin embargo, no tenían de rústico más que la fachada, pues por dentro tenían todas las comodidades que se pueden conseguir en un ambiente más citadino. Claro está que, Werner había rentado una que tuviera camas individuales. Éstas eran como literas para una sola persona, pero construidas en madera, con colchones

mullidos y cobertores de plumas de ganso. Una chimenea eléctrica caldeaba el lugar, otorgando un ambiente cálido a la cabaña.

—Esto parece casa de pájaros —dijo Diane con mofa.

—Es la última moda. Además, nadie nos molestará porque todas las cabañas están alejadas unas de otras.

Luego de acomodar las pocas pertenencias que llevaban con ellos, Werner se dio una ducha, y se fue directo a la cama.

Diane, aburrida, estuvo mirando la televisión y al no comprender nada de lo que hablaban, intentó leer uno de los libros que Werner había llevado con él. Tampoco eso le quitó el fastidio que sentía, y se asomó a mirar a Werner. Él ya dormía. Estaba boca abajo con el torso desnudo.

El instinto que había intentado mantener a raya desde que Werner le dijera que no podía pasar nada entre ellos, se despertó más fuerte que nunca. Ese hombre no podía decidir sobre sus deseos, se dijo en ese momento.

Con una audacia que Liz Saunders no tendría, Diane se despojó rápidamente de sus ropas y se tendió junto a Werner. ¡Era tan bello!

Con sumo cuidado para no despertarlo, estiró una mano hacia la cabellera de él, y lo acarició. Él pareció sentirla y se removió inquieto.

Ya sin poder contenerse más, Diane decidió ir más allá. Era el todo o nada.

Las caricias pasaron del cabello de Werner a la espalda. Recorrió la firme columna vertebral del vampiro con dos dedos. Él tembló. Ella sonrió, lo había conseguido: sería suyo esa noche.

Werner volteó el rostro hacia ella, aún medio dormido. Diane lo besó.

Werner se movió para quedar de frente a ella.

—¿Qué haces?

—Esto —dijo ella, y llevó su mano hasta la entrepierna de él.

Werner dio un respingo.

—¡No! ¡Basta!

—¿Cómo piensas detenerme? —preguntó ella.

Con agilidad, y aprovechando el estupor de él, lo empujó para que quedara de espaldas sobre la cama. Enseguida se montó encima, y comenzó a moverse con rapidez para no darle tiempo a reaccionar.

Werner pensó en lanzarla lejos. Podía hacerlo, tenía más fuerza que ella, pero algo dentro de él se lo impidió. Esto era lo que venía deseando que sucediera desde que la rescató aquella noche. Volver a sentir la pasión con una mujer que en verdad le gustara. Y todo en Diane le gustaba, desde sus labios, su cabello negro como ala de cuervo después que se lo cambiara de color, hasta su cuerpo blanco, níveo como la nieve de su tierra natal. Era tan bella, que querría permanecer para siempre entre sus piernas.

Diane pensó que iba a explotar en mil pedazos. Nada la había preparado para esta sensación tan arrolladora. Cuando era Liz, no era virgen, pero ahora como Diane tuvo la certeza de que en realidad nunca fue una mujer de verdad. El placer que estaba experimentando era tan inmenso que sentía deseos de morder el cuello de Werner para lograr el éxtasis total.

Fuera de sí, se inclinó hacia la garganta de Wener. Sus pupilas dilatadas y oscuras clamaban por sangre, pero cuando estuvo a escasos centímetros de su objetivo, dos manos como los grilletes del calabozo de la abadía la detuvieron.

XI

—Lo siento. No quise... No sabía...

Diane estaba consternada. Había deseado sentir a Werner lo más profundo posible dentro de su cuerpo, pero al mismo tiempo había querido desgarrarle la garganta, como si al hacerlo podría intensificar el placer. De pronto se sintió como una viuda negra, y su corazón de vampiro se avergonzó.

—Olvídalo. Esto nunca debió ocurrir.

—Yo te deseaba, y tú a mí. Es más aún, te deseo.

—No puede ocurrir nada entre nosotros. Sería destructivo... Para ambos.

—Prometo que no volverá a suceder.

—¡Por supuesto que no! No volveremos a tener sexo.

—¿Por qué es tan terrible? No comprendo. Sé que te gusto.

—No me gustas. Es más, te encuentro insoportable.

—Lo disimulaste bien hace unos momentos.

—Estaba medio dormido.

—¡No entiendo cómo pude...! —repuso Diane, molesta.

Después de dirigirle más de una mirada de odio, Diane se vistió. Luego de ponerse una chaqueta gruesa se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas?

—A buscar unos cuellos que morder.

—Diane.

—No seas tonto. Solo iré a olvidar que esto ocurrió. Me siento profundamente ofendida.

—¿Regresarás pronto?

—No sé. No me esperes despierto.

Werner estuvo tentado a ir detrás de ella para vigilarla, pero debía aprender a tener confianza en ella. Esta vez no creía que Diane fuera a buscar hombres para saciar sus apetitos. La había escuchado muy convencida de intentar llevar una vida normal. Seguramente deambularía por los alrededores hasta que se le pasara el mal humor. Era consciente que él era responsable de la actitud negativa de la joven. La había ofendido llamándola insoportable. ¿Cómo confesarle que le encantaba? ¿Cómo decirle que le gustaría pasar el resto de sus días con ella? No podía. Le haría más mal que bien. Werner consideraba que no nació para ser feliz. Ya una vez le arrebataron a la mujer que amaba, y no iba a arriesgarse a que sucediera de nuevo, aunque dentro de su cabeza le dijera que no tenía por qué ocurrir lo mismo otra vez. Lo mejor sería darle un curso rápido de

cómo desenvolverse entre la gente común y corriente, y luego, desaparecer.

Diane vagó sin rumbo por el campo, cuidándose de no aproximarse a las otras cabañas, no quería correr el riesgo de dejarse tentar por la sed y la ansiedad. Cuando llegó a una valla que marcaba el límite de la propiedad, al ver que tenía muy poca altura, se encaramó en ella y se sentó. Ahí en esa oscuridad sin luna ni estrellas porque el cielo estaba cubierto de nubes, se puso a repasar lo acontecido apenas una hora antes: había sido muy tonta al seducir a Werner. Aunque el vampiro tuviera la apariencia de un hombre joven, en realidad era un viejo con ideas arcaicas. No conocía bien su historia, pero estaba segura de que algo muy malo lo debió haber vuelto tan amargo como era hoy en día. Pero como era un hombre tan hermético, dudaba que alguna vez le confiaría sus pesares.

Con un suspiro se dispuso a bajar de la barda cuando de pronto escuchó un quejido. Pensó que había alguna persona en apuros en los alrededores y puso atención al tiempo que intentaba ver algo en la oscuridad. Los vampiros no tenían visión nocturna al parecer.

—¿Quién está ahí? —preguntó finalmente—. ¿Necesita ayuda?

Otro gemido.

—Salga de donde quiera que esté.

Repentinamente algo se aproximó y se enroscó en su pierna izquierda. Diane dio un salto, aterrorizada, y lo que fuera que tuviese no pensaba desprenderse de su pierna. Entonces, con más horror que valentía estiró su mano hacia abajo, con la firme intención de mandar a volar lejos el objeto viviente que tenía adherida a su pierna.

Se llevó una enorme sorpresa al percibir una pequeña bola peluda, que no gemía, sino maullaba. Nunca tuvieron un gato en casa, así que no estaba muy familiarizada con sus sonidos.

—¿Eres un gato? —le preguntó ella, al momento que lo izaba.

El minino ronroneó de placer cuando ella lo cobijó entre sus brazos. Aún era pequeño, y Diane sintió una ternura que creía perdida.

—Vamos a casa, pequeño —dijo ella, emprendiendo el camino de regreso a la cabaña.

Werner había estado tratando de dormir infructuosamente. Estaba preocupado por lo que pudiera hacer Diane. Se la imaginaba llevándose a los hombres de la ciudad, a callejones oscuros, y desgarrando sus cuellos al tiempo que los poseía.

—*Sin duda estás trastornado* —se dijo para calmar su mente febril.

Por esa razón sintió un profundo alivio cuando escuchó la puerta de cristal abrirse. ¡Diane estaba de regreso!

La escuchó pasear por la pequeña habitación que era sala, comedor y cocina al mismo tiempo. Algo buscaba, pero ¿qué?

—¿Tenemos leche?

—¿Para qué quieres leche? —preguntó él incorporándose de la cama para poder ver en qué estaba ella—. ¿Piensas cambiar la sangre por la leche?

—¡Idiota! —gritó ella, enfadada—. Es para el gato.

—¿Gato? ¿Cuál gato?

—Night.

—Claro que es de noche.

—Le puse Noche, tonto. Es muy negro.

Werner salió de la cama, envolviéndose la cintura con la sábana.

Al percibirlo cerca, Diane le dio una mirada fugaz. Fue suficiente para que todo hirviera en su interior. Una brasa candente la quemaba por dentro.

—¿Qué haces con un gato? ¿No pensarás quedarte con él, verdad?

—¿Piensas que me lo comeré?

—Él también tiene sangre caliente.

—Es un animal, Werner.

—Un ser vivo, Diane.

—¿Es que acaso, tú...?

Werner desvió la vista. No iba a contarle a ella que hasta de ratas se había alimentado, cuando se negó a beber sangre de humanos. Cuando descubrió que podía robar las reservas de los hospitales, su vida cambió.

—Te prohíbo que lo toques, Werner.

—No lo haré, Diane. Solo recuerda no hacerlo tú tampoco.

—No lo haré.

—¿En serio piensas quedarte con él?

—Sí.

—Quizás no lo dejen pasar. Hay que llevarlo al veterinario antes.

—Lo llevaremos mañana. Bueno, ¿hay leche?

—No, pero hay carne cruda.

—Le daré eso.

Werner la miró, y luego de mover la cabeza se dio la vuelta y se alejó: a Diane se le había soltado un tornillo.

XII

Diane dormía plácidamente cuando Werner llegó a interrumpir su sueño.

—¡Vamos! ¡Hay que marcharnos!

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Creo que Misha nos ha descubierto. Date prisa por favor.

—Íbamos a ir al veterinario, ¿recuerdas?

Werner la miró sin comprender.

—El gato, vamos a llevarlo para que lo revisen.

—¡No, déjalo!

—¡No!

—Entiende, Diane —Werner la tomó de los brazos y le dio un leve zarandeo—. Tu vida está antes de la del gato.

—Está bien. Comprendo.

A Werner le pareció extraño que ella cediera tan pronto, pero no lo dijo. Quizás Diane estaba comenzando a madurar. Él podría hacerle frente a Misha, sin embargo, no quería exponerla a ella a una situación crítica. Si algo le sucedía, ella quedaría sola, y sería malo y peligroso, tanto para el resto como para sí misma. Así que se alegró de verla saltar de la cama con energía y comenzar a recoger sus cosas con rapidez.

—Desayunaremos en el auto —dijo él.

—Está bien.

En menos de quince minutos tenían todo empacado y estaban a bordo de la camioneta. Werner encendió el motor y arrancó. Diane guardaba silencio y él pensó que querría relajarse, pero de pronto ella lo rompió con una pregunta que seguramente le costaría responder.

—¿Estaremos huyendo para siempre? No pensé que los vampiros fueran cobardes —aseveró Diane inmediatamente después de la pregunta.

Werner se quedó pensando: ¿él, cobarde? ¿Estaría disfrazando su cobardía como preocupación?

—¿Y qué si fuera cobardía? ¿Me verás con otros ojos?

—No. Solo me gustaría que lo admitas.

—No soy cobarde, Diane. Es más, no siento ningún apego por la vida. Solo quiero que tú estés a salvo. Al principio Misha venía por mí, pero creo que ahora te quiere más a ti.

—¿Por qué?

Werner no respondió.

—¿Por qué? —insistió ella.

El silencio de él continuó.

—¿Por qué?! —gritó ella por fin, exasperada.

—Porque piensa que te quiero. Quiere repetir lo que sucedió con mi esposa.

—¿Tu esposa? ¿La que él mató?

—Sí. Tiempo después supe que él la quería para sí. Ella lo rechazó. Nos amábamos y nos casamos. Cuando él nos encontró, esperó a que ella estuviera sola para intentar convencerla. Como ella se negó a marcharse con la mató, y a mí me convirtió en vampiro para que me quedara solo por toda la eternidad.

—¿Ella sabía que él es un vampiro?

—Nunca los supe, pero creo que no.

—Ese vampiro te odia.

—Él cree que tenemos algo, y por eso irá por ti.

—Es un vampiro demente. ¿Por qué no lo matas, y ya?

—No lo puedo matar sin un motivo. No soy un asesino.

—¿Qué más motivos quieres?

—Tendría que retarlo, y aun así no estoy seguro de poder vencerlo. Es un vampiro antiguo, con muchos trucos. No quiero arriesgarme a perder y que te suceda algo.

—¿Antiguo? ¿Quieres decir que él duerme de día?

—Sí.

—¿Vuela?

—También.

—¡Oh! Pensé que todos eran iguales a ti.

—Algunos evolucionamos y nos adaptamos. Otros se han quedado en el pasado, viviendo según sus antiguas costumbres. Eso los vuelve más peligrosos. No les importa matar a quien se ponga por delante.

Diane guardó silencio nuevamente. Necesitaba rumiar esta nueva información respecto a Misha. ¡Los vampiros de película aún existían! ¿Sería más emocionante su vida? Seguro que no se alimentaban de bolsas de sangre, y dormirían colgados de una viga tal vez. ¿Sería romántico vivir como Drácula? Ir por ahí seduciendo a los mortales para después tomar su sangre y convertirlos en sus vasallos. O quitarles la vida pretendiendo que no valían nada. Podría ser que la existencia de los vampiros como Misha fuera más alucinante, sin embargo, prefería llevar una vida aburrida siempre que estuviera junto a Werner.

Con una sonrisa de satisfacción cerró los ojos y se quedó profundamente dormida. Al darse cuenta de esto, Werner la observó con ternura y la cubrió con la manta que había caído hasta sus piernas.

—*Duerme* —murmuró—. *Te despertaré cuando lleguemos a Stolberg.*

Werner condujo tranquilo por la carretera gris. El cielo estaba cubierto, y gruesas gotas chocaban contra el parabrisas. El aire acondicionado de la camioneta mantenía un calor muy agradable dentro del vehículo. ¡Qué ganas de apagar el motor y arrimarse a Diane! Claro que sería bastante incómodo. Tendría que haber comprado una *motorhome*. Viajarían más cómodos, pero llamarían más la atención también, sobre todo si no se quedaban en los sitios habilitados para *campers*. Werner miró el reloj en el tablero. Pronto sería el mediodía y estarían próximos a llegar a Stolberg. Un poco aburrido, encendió la radio desde el volante, y luego estiró la mano para oprimir la opción «Auto» en el panel digital. Las estaciones comenzaron a avanzar por el dial. Algunas se escuchaban bien, y otras eran solo ruidos estáticos. De pronto, al pasar por una estación de noticias, una información casi lo dejó pegado al techo de la camioneta. Alcanzó a escuchar solo dos palabras, pero fue suficiente como para que frenara bruscamente. Diane se despertó a causa del golpe que su cabeza dio contra la ventanilla del vehículo.

—¡Tenemos que regresar!

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco? Primero casi chocas, y luego hablas incoherencias.

—No. Escucha.

Werner comenzó a buscar en forma manual alguna estación local en la que estuvieran emitiendo noticias. Por fin encontró una, y le hizo un gesto a Diane para que guardara silencio. La voz de la presentadora llenó el interior de la cabina:

—*Repito: se trata de una noticia en desarrollo. Cinco personas han sido encontradas con el cuello completamente desgarrado. Corresponderían a los administradores, incluyendo a su familia, de las conocidas «Cabañas en los árboles» ubicadas en las afueras de Düren.*

—¿Misha? —preguntó Diane con los ojos húmedos, apenas conteniendo el llanto.

—Sí.

—¿Qué haremos? ¡Pobre gente!

—Regresamos a Colonia, y tomamos el primer vuelo a Inglaterra. Pero antes tendrás que prometer que te vas a comportar.

—Lo juro... Werner, tengo miedo.

—No debes tenerlo mientras yo esté contigo. No permitiré que te suceda algo malo.

De repente un ruido en la parte de atrás los distrajo.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

¡El gato! Diane se había olvidado completamente de él.

—Es Night.

—¿El gato?

—Sí.

—Tendrás que deshacerte de él.

XIII

Regresaron a Colonia, tomando caminos rurales. Les llevaría más tiempo que ir por carretera, pero el viaje sería más seguro. Se detendrían a descansar solo lo indispensable y dormirían en la camioneta. Antes del amanecer llegarían a su destino.

Por su parte Diane viajaba con el gato bien apretado a su pecho, como si la criatura pudiera infundirle el valor que le estaba faltando en ese momento. Todo lo que había sentido y pensado rato antes eran solo palabras, la verdad era que sentía miedo, terror de lo que ese vampiro malvado pudiera hacerles a ella y a Werner.

Werner observó de soslayo a Diane. Un rato antes ella dormía plácidamente, pero ahora solo horror se vislumbraba en sus ojos. Él adivinaba que quizás por un tiempo a ella le pudo haber atraído convertirse en un vampiro a la antigua, pero la realidad la había abofeteado en el rostro. Entendía demasiado bien que ella era una joven de una edad aún impresionable, y enterarse de las atrocidades cometidas por Misha la había puesto mal. Había pensado que podría dejarla pronto sola para que se las arreglara por su cuenta, pero cada día se le hacía menos probable poder hacerlo: Diane no sería capaz de lidiar con su nueva existencia. Era eso, o que simplemente él sentía imposible abandonarla. No lo sabía y no quería descubrirlo tampoco.

—¿Iremos al departamento? —preguntó ella después de un rato.

—No, directo al aeropuerto —respondió él, mientras ubicaba el retorno para dirigirse al *Konrad Adenauer* en Porz, el aeropuerto más cercano a Colonia.

—Tengo hambre.

—¿Otra vez?

—Sí.

Con un gesto de impaciencia, Werner estiró el brazo hacia atrás del asiento y cogió un bolso. Diane parecía un niño en crecimiento con hambre constante.

—Solo una —le advirtió, entregándole el bolso para que sacara una bolsa de sangre.

Diane sacó la bolsa y batalló para abrirla con una sola mano. Werner la miró de soslayo, ¿qué le ocurría? ¿Le dolía la otra mano?

—Usa las dos manos.

—No puedo, la otra se me durmió y siento cosquillas.

—¡Ah! —Era extraño eso en un vampiro, pensó Werner, pero no dijo nada más.

Entraron de prisa al aeropuerto. El coche se quedaría en el estacionamiento hasta que una grúa se lo llevara por haberse quedado allí más del tiempo permitido. Eso a Werner le tenía sin cuidado, solo le importaba sacar lo más pronto de allí a Diane, lejos de Misha y sus seguidores.

—Dos pasajes a Londres en el primer vuelo que tenga disponible.

—En dos horas sale el próximo —repuso la mujer del mesón.

—Está bien. Dos boletos de ida —Werner entregó los pasaportes a la mujer y esperó.

Cuando tuvo los boletos en la mano empujó a Diane hasta la sala de embarque.

No tuvieron ningún problema en policía internacional, pues Werner declaró tener una casa en Soho, y que la señorita Phillips era su invitada. El aspecto de ambos era normal y no despertaron sospechas en el personal de aduana, pero al momento de la revisión de las maletas y de ellos mismos, se encendieron dos alarmas: las bolsas con sangre y el pasajero que Diane llevaba escondido dentro de su chaqueta.

—¿Para qué es esta sangre? No me digan que son vampiros —preguntó una mujer, mofándose de ellos, pero con ojos desconfiados—. Y usted, ¿qué lleva ahí? —apuntó a Diane.

Werner se maldijo, ¡había olvidado las bolsas con sangre!

—Esta sangre es para mí —dijo Diane tranquila, mirando fijamente a la mujer—, y aquí no llevo nada.

Por un par de segundos sus ojos azules se tornaron negros, y la mujer de la aduana solo asintió.

—Pueden pasar.

Werner no lo podía creer. ¿Diane tenía un poder que él desconocía?

—¿Qué fue eso? —preguntó cuando se sentaron en el avión.

—No sé a qué te refieres.

—A esa mujer, solo la miraste.

—Claro, le dije que la sangre es para mí. Ella debe haber comprendido.

—No lo creo, fue...

De pronto Night maulló. Al parecer despertó pensando que ya había dormido demasiado.

—¿Qué fue eso?

—Nada.

—Fue un gato.

—No.

—No me digas que...

—Ya te dije que no —repuso ella enojada, mirándolo con ojos negros amenazantes.

—No me mires así, no resultará conmigo.

—No me molestes más.

Diane cerró los ojos, Werner se ponía demasiado fastidioso a veces y peor cuando tenía razón. Ella había previsto que Night no molestaría durante el viaje, pero ahora no dejaba de moverse dentro de su chaqueta.

—Creo que tiene hambre —dijo.

—¿Quién?

—El gatito.

—¿El que no existe?

—¡Werner!

—Imagino que te las arreglarás para sacarlo igual que como lo trajiste... ¡Señorita! —llamó a la sobrecarga—. ¿Podría traerme un vaso de leche?

—Por supuesto.

Minutos después Werner sostenía el vaso para que el minino que estaba en el regazo de Diane, bebiera leche.

—Ahora querrá hacer.

—Lo llevaré al baño.

—Suerte con eso.

Por suerte el pequeño Night pareció entender las instrucciones de Diane e hizo sus necesidades encima de la toalla de papel que ella extendió dentro del lavabo.

De vuelta en el asiento, se dedicó a dormir y el pequeño hizo lo mismo. Werner la despertó cuando estaban aterrizando en el Aeropuerto de la Ciudad de Londres.

—Llegamos. Encárgate del gato.

—¿Como?

—Igual como lo hiciste en Alemania. Igual de convincente.

—Lo intentaré.

—Deberás hacerlo o te lo quitarán y lo pondrán a dormir.

—¡No!

—Entonces, hazlo.

Una hora después estaban bajando de un taxi frente a un edificio antiguo. Ambos se miraron, y sin decirlo, los dos esperaban que Misha no los siguiera hasta allí.

Al menos eso esperaba Werner, para dejar a Diane valerse por sí misma. Mientras tanto Diane pensaba en que quizás sí era posible llevar una vida normal.

XIV

Una hora después estaban bajándose de un taxi frente a un edificio antiguo. De corazón Werner esperaba que Misha no los hubiera seguido hasta allí, y también esperaba que Diane pronto dejara de depender de él, porque si no la apartaba pronto de su lado no lo haría nunca, estaba empezando a sentir cosas que ya creía desterradas de su vida.

Esa noche, Werner durmió solo y Diane tuvo que conformarse con la compañía de Night, aunque no era lo que ella hubiera preferido.

Comenzaron a llevar una vida normal, casi simulando ser una pareja: visitaban los museos, las galerías de arte, iban al teatro, cualquier cosa que no implicara comer, sin embargo, todo no andaba como parecía.

Casi todas las noches Diane se escabullía del departamento. Había aprendido a salir sin que Werner lo percibiera y por lo tanto no escuchaba sus idas y venidas.

Se acostumbró a ir a Westminster, Camden, y a Kensington and Chelsea en busca de los sin techo. No deseaba llamar la atención del público. No podía correr el riesgo que aparecieran noticias alarmantes en los periódicos dando cuenta de cadáveres en la vía pública. En cambio, encontrar a uno que otro vagabundo muerto no era tan raro, era gente que a nadie le importaba. Nadie los miraría dos veces, nadie les haría una autopsia para ver de que habían muerto, pues daban por descontado que el frío y el hambre habrían sido los asesinos.

Werner se fijó en que Diane estaba de mejor humor, y su semblante había mejorado mucho.

Al principio se lo atribuyó a la tranquilidad, pero la agilidad y los sentidos mejorados de ella lo hicieron entrar en sospechas, y fue por eso que un día le hizo una invitación muy especial.

—Llevamos un mes sin incidentes, ¿qué te parece si compramos algo para movilizarnos?

—¿Qué sugieres?

—Un coche y un par de bicicletas.

—¿Me dejarás conducir?

—Sí, pero tendremos que sacar una licencia para ti.

—Está bien, vamos.

Werner la paseó por varias concesionarias, esperando que ella eligiera un coche lujoso, pero nada le gustaba, hasta que al fin en una tienda de marca japonesa apuntó a un coche negro sin titubear.

—¿Por qué ese? Es feo y además negro. Pensé que querías uno...

—¿Rosa? ¿Conducirías un coche de color rosa?

—No, pensé en rojo o blanco.

—Un coche común y corriente, negro, para que no llame la atención.

A Werner le llamó la atención su respuesta, pero no dijo nada, no podía emitir un juicio aún sobre el comportamiento de Diane.

Salieron en el nuevo coche de la automotora y se dirigieron a una tienda de bicicletas.

—Mañana iremos a ver lo de tu licencia —le dijo, y eso fue todo.

La compra de las bicis fue rápida, ya que Diane estaba preocupada de regresar pronto para alimentar a Night, y porque ella misma tenía hambre, y cuando eso le sucedía su genio se alteraba bastante.

Por la tarde Werner agarró una bicicleta y salió, argumentando que tenía que hacer algunos encargos, y terminó diciendo que no regresaría temprano. Dejó las llaves del nuevo coche bien a la vista y se fue.

Diane esperó impaciente a que se ocultara el sol, y con su atuendo de cuero negro, el que se ponía en sus escapadas nocturnas, cogió las llaves y salió después de darle un beso a Night.

Ella sabía conducir perfectamente y no encontró que fuera un problema que en ese país tuviera que conducir por la derecha, estaba segura que después de un rato lo haría perfectamente bien como una nativa. Planeaba ir a Birmingham, en las afueras de Londres.

Ahora podría alejarse de la ciudad para conseguir lo que su apetito le pedía.

El auto negro se detuvo frente a unas bodegas en desuso: dentro y fuera se podían ver personas durmiendo en el suelo, arrojadas a alguna hoguera.

Diane caminó entre los cuerpos, y algunos despertaron estirando las manos sucias hacia ella, pidiendo cigarrillos, alcohol o alguna droga. Los menos solicitaban comida.

A ella no le interesaba ayudar a los desvalidos, pero, llevaba algo de dinero para repartir y así tener un acceso pacífico entre aquella gente.

Werner detuvo la bicicleta a metros del auto. La dejó apoyada a un poste, sabiendo de antemano que después no la encontraría, cosa que poco le importaba. Lo único trascendental era seguir a Diane, aunque se podía imaginar perfectamente qué hacía allí. Y a pesar de eso, fue un impacto muy fuerte verla tomando algunos cuerpos en el aire, uno tras otro, y succionar su sangre hasta dejarlos convertidos en inertes harapos de muerte y suciedad.

Cuando Diane salió por una de las puertas, Werner la esperaba apoyado en la pared.

—Diane.

—¡Werner!

Diane comenzó a caminar de prisa hacia el vehículo. No quería ser reprendida por Werner. No quería tener que darle explicaciones de por qué hacía lo que hacía. Él no la entendería, ya que odiaba ese mundo de oscuridad. En cambio, ella...

Recién alimentada se volvía más ágil, y tardó apenas un par de segundos en estar frente al volante, sin embargo, Werner era más rápido y cuando ella entró al auto, él ya se encontraba

sentado en el asiento del copiloto.

—Vamos, en casa charlaremos de esto.

Diane condujo a toda velocidad. Sentía ira contra sí misma. ¿Cómo fue a creer que Werner no se daría cuenta de sus salidas? ¡Había sido muy ingenua! ¡O tonta, sí, tonta! Ahora tendría que soportar toda su retahíla acerca del bien y del mal. Jamás comprendería que esta nueva Liz, mejor dicho, Diane, quería quedarse tal como estaba ahora.

En realidad, no sabía qué le estaba sucediendo, pero no lo podía detener, era una necesidad más inmensa que ella. No sabía a dónde la llevaría, pero le importaba bien poco averiguarlo.

XV

—¿Por qué lo hiciste?! ¿Por qué lo estás haciendo?!

Werner estaba furioso. Para él, Diane había excedido todos los límites morales que él intentaba inculcarle.

Diane le dio la espalda y se fue a su habitación en busca del gato. Él la siguió y agarrándola de un brazo la obligó a mirarlo.

—¿No dirás nada?!

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Por qué mataste esa gente? —preguntó él bajando la voz.

—Tenía hambre.

—¿Y la sangre que te proveo?

—No es suficiente. No es fresca. No sabe igual que extraerla directamente de un cuerpo.

—Pensé que había comprendido.

—¿Comprender qué? ¿Que ya no soy la misma que antes? Liz Saunders se fue para siempre, y ésta que alguien como tú creó, es muy diferente.

—Eso no lo puedo cambiar, pero puedo enseñarte a ser diferente, a llevar una vida normal.

—¿Y si ya no me interesa?

—¿Eso quieres? ¿Ocultarte en la noche para ir detrás de esos pobres diablos?

—Nadie los extrañará.

—Tarde o temprano la policía entrará en sospechas.

—Cuando eso suceda, me marcharé.

—E irás por el mundo matando gente.

—No. Alimentándome.

—Quieres ser como Misha.

—Me siento más fuerte.

De pronto alguien aplaudió. Werner y Diane se sobresaltaron. Misha en persona los observaba desde el balcón.

—Entrar en esta casa es demasiado fácil —dijo.

Werner se puso de inmediato en posición de ataque, mientras, Diane instintivamente protegía a Night entre sus brazos.

Bueno, había sido demasiado bueno pensar que Misha no los encontraría donde quiera que fuesen. Estaba obsesionado con él y no lo dejaría nunca en paz, y menos ahora que sabía que le podía hacer daño a través de Diane.

—Por lo que escuché, estás lista para mí —prosiguió Misha.

—¡Para ti, nunca! —gritó Diane.

—¡Vete, o te mataré! —amenazó a su vez, Werner.

—¿Estás seguro que podrás? —En los labios de Misha se dibujó una sonrisa cínica. Acto seguido chasqueó los dedos, y por lo menos diez hombres aparecieron detrás de él.

—¿Crees que tus murciélagos me amedrentarán?

—Quizás no, pero te harán mucho daño.

Todos los hombres mostraron sus colmillos al mismo tiempo. Werner se preparó para la pelea, y Diane después de ocultar a Night debajo de la cama, se puso en guardia junto a él.

—No, Diane, quédate atrás.

—Puedo, Werner. No te preocupes por mí.

—Mírenlos, son tan tiernos, preocupados el uno por el otro —se mofó Misha, antes de chasquear los dedos nuevamente.

En ese instante comenzó una lucha encarnizada entre los vampiros de Misha y Werner.

Ninguno tocó a Diane. Ella intentó agredirlos, pero una mano firme de Misha la detuvo.

Ella tuvo que presenciar cómo el grupo de vampiros agredía a Werner sin piedad. Quiso gritarle que de ahora en adelante se portaría bien, conseguiría un empleo y llevaría una vida normal, pero era tarde.

Cuando Misha la sacó del departamento, los vampiros continuaban golpeando a Werner.

Lo último que alcanzó a ver antes de ser arrastrada por Misha hacia el exterior, fue el cuerpo inerte de Werner sobre el piso de su habitación.

Los coches se detuvieron en los jardines de una gran casa, que bien podría haber sido propiedad de alguien de la realeza con título y todo, pero que Diane no reconoció dado el poco tiempo que llevaba en Londres.

Uno de los hombres abrió la puerta del auto para que Misha descendiera, y este después de bajar le extendió la mano a Diane para que hiciera lo propio.

Ella lo miró, mientras sopesaba qué posibilidades tenía de escapar en ese instante: ninguna. Werner había dicho que en la realidad los vampiros por muy fuertes y rápidos que fueran, no tenían poderes especiales, sin embargo, ¿qué podría hacer ella sola contra tantos hombres? Muy poco, quizás perder su segunda vida, igual que Werner.

Al pensar en Werner, no logró evitar que varias lágrimas inundaran sus ojos y rodaran por sus mejillas. Le gustaba mucho, se podría haber enamorado de él con mucha facilidad, pero Werner estaba roto por dentro.

Diane bajó dócil del auto y siguió a Misha adentro de la casa.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

Misha la había conducido hasta el salón, y se estaba sirviendo un whisky, mientras ella

esperaba con actitud impasible su respuesta.

—Quiero que seas mi mujer.

—¿Por qué?

—Solo porque te pareces a ella.

—¿A quién?

—A Diane Riemelt. ¿Qué no te lo dijo? Eres igual a la mujer que me quitó.

Diane se sentó. Conocer esa verdad la hizo sentir mal.

—Ella no era un vampiro.

—No, pero yo la amaba.

—La mataste.

—No. La convertí. Él la mató.

—¿Él lo sabía?

—No sé.

—Y ella, ¿sabía que eras un vampiro?

—No, y cuando lo descubrió sintió repulsión y se marchó a otra ciudad. Conoció al doctorcito y se casó con él.

—¿Quieres que sienta lástima?

—No es necesario.

—Qué bueno que comprendas, porque nunca seré tu mujer. Si Werner aún vive, vendrá por mí.

—Puedes esperarlo todo lo que gustes, te aseguro que no vendrá.

Y como era costumbre, chasqueó los dedos y pareció uno de sus esbirros quien condujo a Diane a su nueva celda: una lujosa habitación.

XVI

Cuando Werner despertó no supo ubicarse en tiempo ni en espacio. Estaba solo, encerrado en un cuartucho sucio y maloliente, que además se movía.

Puso atención por un segundo: no eran ruedas sobre el pavimento. Era diferente, como si estuviera sobre un flotador. ¡Estaba en un barco!

Werner se puso de pie y tambaleando se acercó al ojo de buey que estaba en la parte superior de la pesada puerta de acero. Comenzó a golpear midiendo su fuerza. No quería romper el vidrio, pero sí ser escuchado desde afuera.

Si hubiera puesto empeño en ello, podría haber derribado aquella hoja de doble acero, pero ponerse en evidencia era lo último que deseaba.

De pronto la puerta se abrió y un hombre más grande que él se paró en el vano.

—Creímos que no despertarías nunca —dijo él, con voz poco amable.

—¿Qué hago aquí? ¿Desde cuándo...?

—Hace tres días. Unos amigos tuyos te trajeron. Dijeron que mataste a un hombre y ellos querían protegerte enviándote lejos.

—¿Lejos? ¿A dónde?

—Estados Unidos.

—¿Puedes llamar un helicóptero? No debemos estar tan lejos, ¿o sí? Tengo dinero.

Werner se metió las manos a los bolsillos. No tenía su billetera: nada de dinero, tarjetas o documentos.

—Estamos en medio del océano, imposible que venga un helicóptero hasta acá. Y por lo que veo, no tendrías cómo pagar, aunque se pudiera.

—¡Misha! ¡Maldito!

—¿Tienes hambre?

—No... ¿Estoy prisionero?

—No. Te encerramos para que no intentaras tirarte por la borda. Puedes deambular por dónde desees, eso sí hay horas fijas para desayunar y comer. En unos quince días estaremos entrando a la costa este. Mientras tanto puedes ir pensando cómo te desenvolverás allá sin documentos ni dinero. Bueno, te dejo ahora, si me necesitas me puedes ubicar en la cabina. Por cierto, soy Chuck Norris, el capitán de este barco.

—En otras circunstancias te diría que es un gusto, pero... Por cierto —dijo Werner, parafraseando a su interlocutor—, no soy ningún asesino. Es falso. Lo único que buscaba él es quedarse con mi mujer, y por lo visto lo consiguió... Apostaría a que les pagó mucho dinero.

—No exactamente.

—No entiendo.

—Yo le debía un favor... Tranquilícese, en los Estados Unidos podrá comenzar una nueva vida.

Diane permanecía encerrada en su jaula de lujo, y sin comer.

Misha deseaba que ella llegara al límite de sus fuerzas para que no se negara a ninguna orden de él. Quería someterla. Convertirla en todo lo que Werner odiaba. Y cuando no le quedara rastro de humanidad se la devolvería, como un juguete maltratado, o mejor, un juguete diabólico como los de las películas. Ya no sería más la tímida Diane, sería una vampiresa capaz de continuar con su legado de horror cuando le llegara su hora, sí, porque a todos les llegaba y él no pretendía ser la excepción.

Después de cinco días fue el propio Misha en persona a visitar a su prisionera. Ella estaba sobre el lecho: su cabello revuelto y su rostro ceniciento daban cuenta de que no lo estaba pasando bien. Necesitaba alimentarse pronto o moriría.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

Diane se puso de pie solo para aproximarse a él con la clara intención de arrojársele encima.

—No. Aún no. Primero debes asegurarme de que harás lo que yo digo si te permito comer.

Ella no daba más, y asintió con la cabeza, haría cualquier cosa con tal de comer.

Misha chasqueó los dedos, y entró uno de sus vampiros trayendo a una jovencita que gritaba aterrorizada.

—Tu desayuno —dijo él, y observó a Diane, expectante.

Por un instante Diane pensó negarse, pero al pasar la vista por el espejo de la habitación, comprendió que no podría hacerlo, al menos no si pretendía escapar de las garras de Misha. Entonces, calculó la distancia, cerró los ojos y se lanzó hacia la chica.

—Por fin comenzamos a entendernos —dijo Misha, rato después.

—¿Qué quieres?

—Que aprendas como ser un vampiro fuerte. Nunca tuve esposa ni mujer estable. No tengo herederos, y sé que algún día llegará mi hora. Tú te convertirás en mi esposa y heredarás mis bienes y mi legado.

—¿Qué legado?

—Llenar este mundo de vampiros.

—¿Y qué no lo has hecho ya?

—No todo el mundo. Muchos sí, pero ahora estoy pensando en grande.

Diane se rió.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—¿Cuándo todos sean vampiros, de qué se alimentarán?

—Buen punto. Debería crear granjas de ordeña.

—Estás loco —repuso ella, riendo otra vez.

—Bueno, y si este mundo se va al carajo poco me importa. Si todos se matan entre sí será divertido. Lástima que yo no veré.

Diane se quedó mirando a Misha, ¿estaba deprimido? Era extraño: un vampiro con depresión.

—No te preocupes, eso no ocurrirá, siempre habrá hombres que querrán acabar con nuestra raza.

—Eso lo veremos —repuso él y se marchó.

Después de esto, Misha le dio libertad a Diane para que anduviera en completa libertad. Inclusive le dio dinero y un coche con chofer para que fuera de compras. Poco a poco el malvado vampiro la convertiría en su reina, y ella contaba con eso: conseguir poder para destruirlo. Si Werner estaba muerto, tendría que salvarse sola.

Mientras tanto Werner contaba los días que faltaban para pisar suelo americano. Regresar a Londres sería complicado, ya que no tenía cómo demostrar quién era para hacer retiro de fondos en el banco. Sin duda tendría que usar métodos de persuasión poco ortodoxos, pero por ningún motivo se quedaría quieto mientras Diane estaba en las garras de esa hiena llamado Misha.

XVII

Diane tuvo que cometer muchas atrocidades en pos de ganar la confianza de Misha, y ella que había comenzado matando a indigentes creyendo que eran personas desechables, poco a poco comprendió que su forma de pensar estaba equivocada: todos los seres humanos tenían derecho a la vida, sin importar si era honesta o no.

Ahora no sabía si tendría la oportunidad de aprender a llevar una nueva vida de la mano de Werner, pero con él, o sin él lo intentaría. Sin embargo, antes tenía que acabar con Misha, se lo debía a Werner. Eliminar para siempre de la faz de la tierra a un ser asqueroso como ese, se convertiría desde ahora en su razón de existir. Si no lograba sobrevivir, no importaba, pero tenía que llevarse al vampiro con ella.

Werner se quedó de pie en el puerto, mirando a su alrededor. No sabía a dónde ir, qué hacer. Su carácter taciturno lo había llevado a alejarse del resto. Al principio lo invitaban a tomar café, a jugar a las cartas, y le avisaban de las horas de las comidas, pero al no ver respuestas en él pronto se cansaron y no insistieron más.

Logró sobrevivir gracias a que encontró ratas en las bodegas del barco, mas, la última la había succionado hacía dos días atrás, y ahora estaba sediento a más no poder. Temía lanzarse al primer cuello que tuviera disponible. Así que después de mucho meditarlo, decidió quedarse entre los enormes contenedores que repletaban el muelle, y esperar hasta que zarpara un barco en el que pudiera subirse de polizón. La espera tardó una semana: solo cruceros y barcos de pasajeros atestaban el puerto, y él no podía arriesgarse a viajar con tanta gente, la tentación sería demasiado grande. Había tenido la precaución de ir a un hospital cercano y robar bolsas de sangre y las había metido en un *cooler*, también robado. Y aprovechando que estaba en eso entró a una tienda departamental y se llevó de allí, ropa, calzado, ropa interior, una afeitadora, desodorante y una mochila. Ya equipado, esperó la noche y como un delincuente común abordó un barco, amparado por la oscuridad, proveniente de Canadá. Ahora sí estaría preparado para soportar los largos días de viaje hasta Alemania. A último momento había decidido ir a Colonia antes de regresar a Londres.

Diane cada día se preparaba mentalmente para el momento en que tuviera que eliminar a Misha, pero los días transcurrían y no se presentaba la oportunidad: los esbirros jamás se alejaban más de diez pasos de su amo. Además, no lo podía negar, estaba cómoda en aquella casa con tantos lujos y comodidades, con sangre siempre fresca, ya fuera de alguno de los vampiros de Misha o de las cacerías nocturnas a los que él la llevaba. Solían buscar personas poco trascendentales para la humanidad, y a ella le pesaban menos en la conciencia que al principio.

Total, por más que lo deseara no podía negar su condición actual: vampiro.

Quizás se habría mantenido por mucho tiempo más dentro de su postura ambigua, pero el anuncio de Misha de que pronto efectuaría una fiesta muy especial, comenzó gradualmente a cambiar el rumbo de las cosas.

—¿Y qué fiesta será esa? —preguntó Diane, intrigada.

—Una muy grande. Vendrán muchos colaboradores.

—¿Colaboradores?

—Estamos en el siglo veintiuno, ya no hablamos de clanes porque parece primitivo, ni de familias porque suena a mafia.

—Comprendo.

—¿Qué se celebra?

—Mi cumpleaños número... No. Ya son muchos. Aprovecharé de anunciar nuestro compromiso.

—No hemos hablado de eso, Misha. No me lo has pedido formalmente, por lo tanto, no he dado el sí.

—Tienes mucho que ganar si aceptas.

—¿Y si no?

—Perderás lo más precioso que tienes.

—¿Me matarás?

—A ti, no... A tu familia.

—¡Ya no tengo familia! —gritó ella, ocultando el terror que la amenaza provocó en ella.

—Por supuesto que ellos creen que ya no existes, pero tú si sabes que fueron tu familia, y te dolería que algo les sucediera. ¿O me equivoco?

—¡Maldito, antes de eso te mataré!

—Puedes intentarlo —repuso él con una sonrisa cargada de cinismo.

A su vez, Diane lo miró con odio y salió de la habitación dando un portazo.

Desde la escalera alcanzó a escuchar la estridente carcajada de Misha.

XVIII

Werner por fin llegó a Colonia, pero no fue a su departamento, seguramente los vampiros de Misha vigilaban por si aparecía nuevamente por allí.

Esperó a que el sol se ocultara y se fue en busca de Murat. Tenía que cubrir todos los flancos para que nadie sospechara que continuaba con vida.

—Necesito una nueva identidad —le dijo al turco.

—¿Qué pasa con la que tienes ahora?

—Nada. Es real, pero necesito desaparecer por completo del mapa.

—Eso implicará cambiar todo lo que existe a nombre de Werner Riemelt. Cuentas bancarias, póliza de seguro... En fin, todo.

—Lo sé, pero quiero que piensen que estoy muerto. Debo convertirme en otra persona, y debes hacerlo bien. Confío en ti.

—Es por la bella chica, ¿verdad? ¿Está en apuros?

—Sí.

—¿Cómo te quieres llamar?

—Me da lo mismo. Inventa tú algo, pero que no sea alemán.

—Te pondré un nombre muy común: John Smith, ¿qué te parece? No llamarás la atención.

—¿Cuánto tardarás?

—Con todo, tres días.

—No tengo dónde quedarme, ni dinero para pagar un hotel decente.

Murat se metió la mano al bolsillo y sacó una llave.

—Toma, en el bosque hay una cabaña a la que voy en ocasiones.

—¿Dónde con exactitud?

—Sigue por la autopista, sal por el primer desvío de la izquierda, y después otro desvío a la derecha por un camino de tierra y ya habrás llegado.

—¡Murat, tampoco tengo auto!

—¡Por favor! Esto te saldrá bien caro.

Murat se dio la vuelta y cogió otra llave que estaba en una repisa. Se la entregó a Werner y levantó la mano en señal de despedida.

—Gracias —le dijo Werner—, aun sabiendo poco de mí, me has ayudado mucho.

—Ya, vete.

Murat tenía un buen coche, pensó Werner mientras conducía por la autopista, se notaba que los negocios ilícitos daban para darse buenos lujos sin llamar demasiado la atención, por lo que

seguramente la cabaña no era una choza perdida entre los árboles del bosque. A pesar de las preocupaciones y el estrés por el que estaba pasando no logró evitar una sonrisa al pensar en Murat. A pesar de todo era un buen hombre, pero dejaría de serlo en el momento que supiera qué era en realidad él. De pronto frenó bruscamente, casi se pasa del desvío.

Desde ese momento decidió concentrarse en el camino: no podría salvar a Diane si quedaba incrustado en un árbol.

El día de la fiesta en la mansión de Misha, los coches comenzaron a llegar desde temprano, y a Diane le sorprendió observar que eran capaces de divertirse como cualquier mortal: jugaban tenis, se zambullían en la piscina, y jugaban a las cartas y al billar. Es decir, no tenían nada que ver con los vampiros de las novelas que leía de adolescente. Más bien se parecían a los de las series de televisión, con vampiros ultra modernos. En fin, todo parecía normal hasta que llegó la noche.

Diane, ataviada con el vestido blanco que Misha insistió en que se pusiera, descendió por la amplia escalera en dirección al salón. Se detuvo un momento en el descanso y todos los asistentes a la fiesta volvieron sus ojos hacia ella, inclusive la música se silenció, como si todos siguieran la orden del productor de un show que les dice al público en qué momento deben realizar las acciones que se espera de ellos.

Enseguida apareció Misha entre el público y todos aplaudieron. Él subió los peldaños hasta encontrarse con ella y la cogió de la mano para que descendieran juntos lo que faltaba de escalera. Totalmente sorprendida e intrigada, se dejó guiar, pero no pudo evitar preguntarse a qué se debía tanto bombo, sobre todo porque a su paso los invitados sonreían y la felicitaban como si fuera su cumpleaños cuando en realidad era el de Misha.

La fiesta continuó, y a la medianoche de alguna parte llegó el sonido de doce campanadas, como de un reloj antiguo, reloj que Diane nunca vio en ninguna parte de la casa.

El salón quedó a oscuras, excepto el centro que permanecía iluminado. Alrededor de este círculo se dispusieron sillas y todos los presentes fueron invitados a sentarse, lo que todos hicieron con entusiasmo, la única que parecía estar fuera de lugar era Diane, que no entendía lo que estaba ocurriendo.

De repente uno de los secuaces de Misha apareció con un micrófono y presentó a Misha tal como lo haría un maestro de ceremonias:

“En este día tan importante, tengo el honor de presentar oficialmente al festejado, quien será el responsable de revelar la iniciación de la noche. ¡Con ustedes, Misha Pavlovich!”

Todos se pusieron de pie para aplaudir a Misha, y los vítores que lanzaban eran en realidad rugidos salvajes provenientes de bocas mostrando sus afilados colmillos.

—¡Gracias! ¡Gracias! —fue lo primero que dijo Misha con el micrófono en su mano derecha—. Gracias queridos amigos y colaboradores. Como muchos sabe hoy es mi aniversario, sin

embargo, lo que no saben es que no los convoqué por ese motivo, sino por una razón mucho más poderosa: tendremos una iniciación a la antigua —Los gritos y aplausos no se hicieron esperar—, porque la persona que se inicia hoy para pertenecer definitivamente a nuestra hermandad, ya es uno de los nuestros, pero no ha pasado por el rito especial que se requiere en una ocasión solemne para la futura esposa de Misha Pavlovich —Esta vez los gritos estuvieron acompañados con golpes de pie en el piso—. ¡Tengo el agrado de presentar a Diane Phillips, mi futura esposa y reina de mi imperio!

Dicho esto, cogió nuevamente a Diane de la mano y la atrajo hacia el centro del salón, bajo el haz de luz. Actos seguido hizo lo que acostumbraba: chasqueó los dedos. Todos guardaron silencio, y lo único que se escuchó fueron los pasos de muchos pies que entraron por la puerta, guiados por uno de los vampiros, en dirección a Misha. Cuando Diane vio de quienes se trataba, comprendió por fin que estaba atrapada en la mansión del horror: trece niños vestidos con túnicas blancas formados en una fila doble observaban a su alrededor sin comprender por qué se encontraban allí.

XIX

—Bueno, querida —continuó Misha con el micrófono en la mano—, aquí tienes tu regalo de iniciación, ¡trece tiernos cuellos para ti sola!

Otra vez el público rugió.

—¡Pero son solo niños! —protestó Diane con lágrimas en los ojos.

—*No seas tan remilgada, todos esperan* —susurró él.

—¡Por mí, que esperen para siempre! —gritó ella y se volteó para salir de ahí, pero Misha soltó el micrófono con rapidez y la atrapó con ambas manos.

—*¡No vas a echarme a perder el show!* —siseó él nuevamente—. *Si vas a ser uno de los míos, tendrás que obedecer... Recuerda a tu familia.*

Diane intentó golpearlo, pero Misha era más alto y más fuerte y por lo tanto no tuvo dificultad en detener el golpe. De pronto, se armó un alboroto, porque los niños que hasta ahora habían permanecido como si estuvieran en trance, reaccionaron y corrieron en todas direcciones, las luces se encendieron y los vampiros abandonaron las sillas para ir detrás de los pequeños.

—¡Qué has hecho, pequeña estúpida! —la reprendió Misha, cogiéndola fuertemente del cabello.

—¿Te estropee la fiesta? ¡Qué bueno! ¡Te lo mereces!

—¡Yo quería que fueras mi mujer —gritó arrebatado—, pero tú no has querido cooperar!

Los ojos de Misha se comenzaron a tornar oscuros invadiendo toda la cuenca de un color negro brillante, mientras se inclinaba hacia ella. Diane presintió que su final llegaba, y en ese momento sintió una especie de alivio y pensó que lo mejor era dejarse llevar, dejar que el manto de la muerte eterna la cubriera y acabara por fin todo.

Ya estaba lista para partir del mundo de los humanos cuando se escuchó un estruendo que provenía de la puerta delantera. Werner acompañado de otras personas que Diane no conocía estaba entrando a la mansión, y arremetiendo contra el que se pusiera por delante.

—¡Tú! —gritó Misha al verlo, olvidando a Diane, al menos por el momento.

Werner no respondió, simplemente se lanzó encima de él.

—¡Werner! —gritó ella.

—¡Vete, Diane! —le gritó Werner.

—Por supuesto que no —repuso ella, más para sí misma que para su amigo.

Armada de toda la valentía que pudo, comenzó a luchar contra los esbirros de Misha, mientras en un rincón del salón, dos fuertes vampiros luchaban por la supremacía de lo que cada uno consideraba más importante para él.

—¡Debí matarte aquella vez! —gritó Misha.

—¡Me alegra que no lo hicieras, sino no habría nadie que te detuviera! —atacó a su vez Werner.

Ambos vampiros estaban enfrascados en una lucha sin cuartel. Werner sabía que no podía dejarlo con vida, y mientras arremetía contra su adversario se preguntaba por qué no lo había hecho antes.

A su vez, Misha sabía que, si no se deshacía de su enemigo, nunca podría construir su imperio del miedo con tranquilidad.

Después de una hora de lucha, ambos vampiros estaban cansados y se detuvieron para observar a su alrededor: habían caídos de ambos bandos, y Diane estaba apresada sin escapatoria ya que las manos que la apresaban pertenecían a un secuaz demasiado fornido para ella. Werner dejó a Misha para socorrerla, pero eso significó dejar al descubierto su talón de Aquiles: Misha le asestó un fuerte golpe en la cabeza a Werner y este cayó desplomado en el piso.

Diane pensó que ahora sí Werner había muerto y no supo cómo saltó sobre Misha y hundió sus dientes en el cuello de aquel.

El vampiro que antes intentara matarla, la tiró para alejarla, pero los dientes de Diane parecían estar incrustados en la dura piel de Misha.

El hombre movía las manos e infructuosamente forcejeaba para quitarse a Diane de encima, sin embargo, sus intentos se volvían cada vez más torpes, porque la joven estaba absorbiendo su vida.

Misha luchaba, pero sabía que estaba perdido: nada era más fuerte que la impetuosidad de la lucha por la venganza, y Diane se estaba vengando por haber dado muerte a Werner, ¡y qué suerte había tenido ese idiota!

Cuando ya pisaba el umbral de la muerte, Misha dejó de defenderse. No sabía si habría otros que quisieran librar sus batallas y crear el Imperio del Miedo, pero ya no era asunto suyo.

Con la túnica ensangrentada Diane se volvió a mirar al resto, y cuando ellos comprendieron que Misha había muerto, se inclinaron ante ella, demostrando así que le estaban otorgando autoridad para que fuera la que continuara con el legado de Misha Pavlovich.

Diane los ignoró, porque solo le importaba averiguar cómo se encontraba Werner.

Werner todavía aún estaba inconsciente y respiraba con dificultad, quizás existía alguna esperanza de que sobreviviera. Con un movimiento de cabeza Diane ordenó que lo llevaran a su habitación. Los vampiros no se movieron, estaban acostumbrados a los chasquidos de dedos de Misha, pero ella no haría las cosas como él, así que gritó.

—¡¿Qué están esperando?!

Los vampiros reaccionaron y se llevaron a Werner escaleras arriba.

Por fin parecía haber terminado todo.

Diane estaba apoyada en el balcón observando a Night que jugaba en el jardín, cuando un aliento conocido rozó su cuello.

—¡Werner!

No podía creerlo, habían pasado cuatro días desde esa noche infernal. Incluso se había arriesgado a traer un médico no vampiro para que lo examinara, y el hombre no había logrado dar un diagnóstico plausible de lo que le ocurría, y finalmente había dicho que solo era cuestión de esperar, porque de lo único que estaba seguro era de que no se trataba de un coma.

Diane lo abrazó, y esta vez él se dejó, pues al despertar se había dado cuenta de que ansiaba sentirse amado.

—¿Misha?

—Está muerto. Su famosa sangre primitiva corre por mis venas —Diane rio con ganas cuando dijo esto—, y todos sus esbirros son míos ahora. Hacen lo que yo diga.

—¿Tú lo mataste?

—Sí. No me preguntes de dónde saqué la fuerza, pero le quité hasta su última gota de sangre —Werner la miró con preocupación—. No me mires así, fue mi último cuello, y mis vampiros no volverán a tomar gente tampoco. Pondremos una clínica que tendrá banco de sangre, le compraremos la sangre a los mendigos, o a quien quiera donar. No sé si aquí se hace, pero en los Estados Unidos es frecuente que la gente venda su sangre. Y con el tiempo iremos convenciéndolos a todos de que es lo mejor, y así nacerá una nueva raza de vampiros. Y después de eso...

—Calla por favor, me tienes mareado.

—¡Oh, lo siento! Te acompaño a la cama.

—Solo si tú vienes conmigo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

